

OBRAS
ESCOGIDAS



Ema, la protagonista de *¡Hay que salvar a Sole!* es una niña chilena de 12 años que se instala en la República Dominicana porque su padre ha sido trasladado allí por razones laborales. En un clima y un mundo humano totalmente distinto, Ema debe adaptarse a otras realidades. Sus nuevos amigos y amigas ahora son niños de color, muy distintos a ella pero al mismo tiempo con intereses e inquietudes similares. Sus aventuras comienzan cuando con un grupo de compañeros decide salvar a un animalito parecido a un ratón, el *soledonote*, que a la mayoría de los adultos no les gusta nada y con el que una minoría especula porque está casi en extinción.



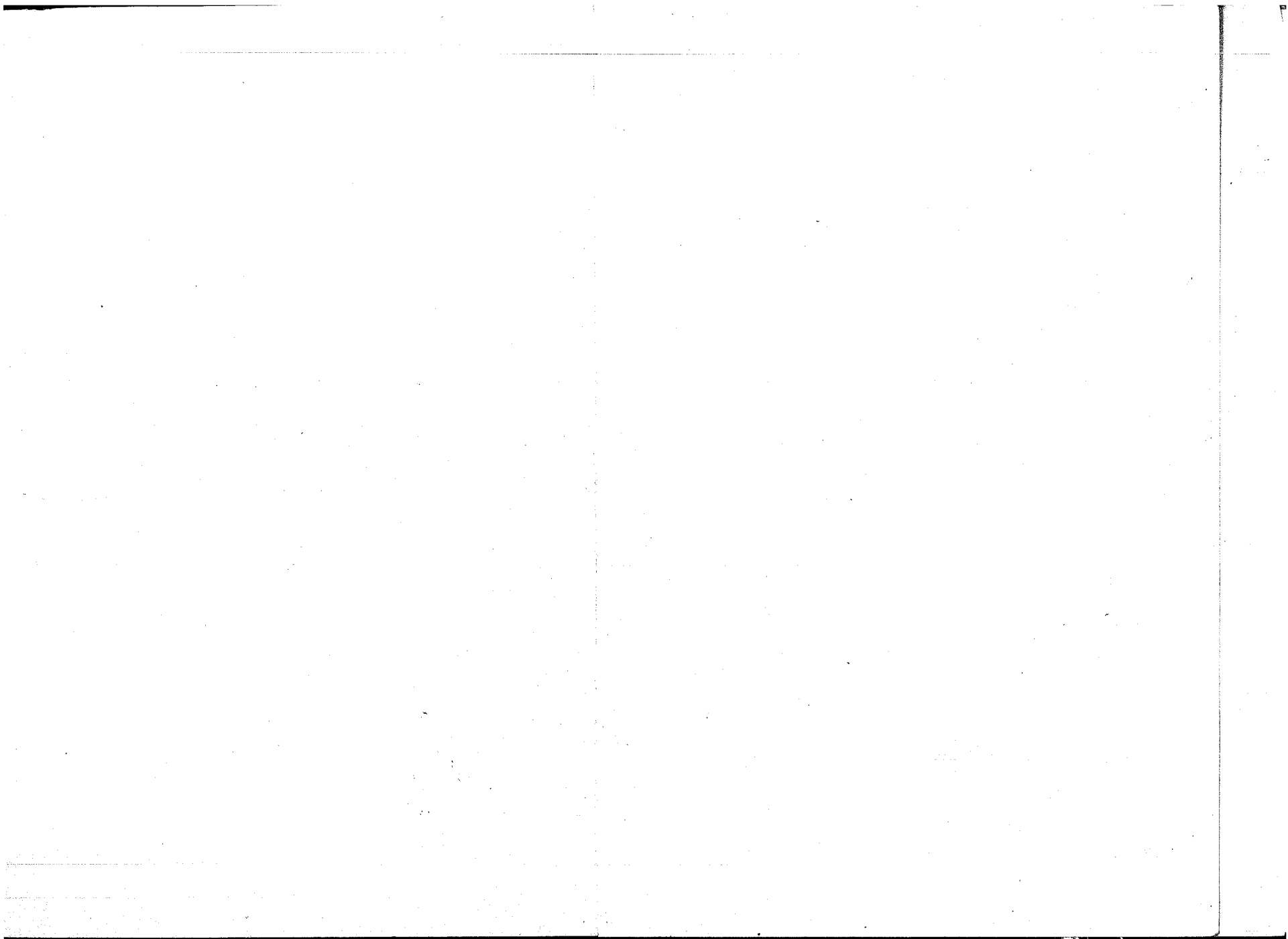
CÓDIGO 6646-K



¡Hay que salvar a Sole!

Angélica Dossetti





¡Hay que salvar a Sole!

Angélica Dossetti



Delfin de Color
I.S.B.N.: 978-956-12-1844-4
3ª edición: abril de 2009.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 978-956-12-1843-7.
3ª edición: abril de 2009.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.
Dirección de arte: Juan Neira.
Dirección de producción: Franco Giordano.
Ilustraciones de Claudio Romo.

© 2006 por Angélica Dossetti Calderón.
Inscripción N° 155.087. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zi-Zag, S.A. Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. E-mail zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.
Santiago de Chile.

MIS COMPAÑEROS DE CURSO ME
REGALARON ESTE DIARIO DE VIDA EL
ÚLTIMO DÍA QUE FUI AL COLEGIO EN CHILE.
YO NO TENÍA MUCHAS GANAS DE ESCRIBIR
EN ÉL, PERO COMO AQUÍ SOY UNA RECIÉN
LLEGADA SIN AMIGOS Y NO TENGO A QUIÉN
CONTARLE MIS COSAS... MEJOR LO USO.

EMA S.

DEDICATORIA

A Francisca y Álvaro.
Sin ellos este libro no se hubiera
hecho realidad.

SÁBADO 22 DE OCTUBRE (POR LA NOCHE)

Estoy muerta, en mi vida quiero volver a viajar. Desde que salimos de Santiago hacia Punta Cana, por lo menos han pasado unas mil horas (sé que no es tanto, apenas salimos ayer por la mañana, pero así me siento). Me duele todo, desde la cabeza hasta la uña del dedo chico de los pies. Más encima, no encuentro forma de acostumbrarme a este calor tan raro. Miro por la ventana y está lloviendo, y entonces creo que por fin podré respirar un poco de aire fresco. Abro la ventana y saco la cabeza, pero lo único que consigo es sentirme igual que en la ducha, como cuando el baño está lleno de vapor y cuesta respirar, porque aunque llueva, el calor sigue. Entonces, mejor cierro la ventana y

me pongo a escribir con el aire acondicionado a todo lo que da.

Aquí, sola en mi nuevo dormitorio, me acordé de lo enojada que me puse hace un mes, cuando mi papá, en medio de la comida, nos dijo con cara de circunstancia:

—Me trasladaron en el trabajo, nos tendremos que ir al Caribe —y se quedó callado, mientras yo miraba incrédula a mi mamá, que sólo se encogió de hombros.

—¿Adónde te trasladaron, papá? —le pregunté, casi desesperada de sólo pensar en dejar el colegio y a los amigos que tanto me había costado hacer.

—A República Dominicana. Inauguraron un resort en Punta Cana y me dieron la gerencia general —me contestó, como disculpándose de algo terrible.

No supe qué decir, sólo atiné a salir corriendo a mi dormitorio, agarrar el globo terráqueo, ubicar Santiago y luego empezar a ver dónde estaba ese dichoso país del que no sabía nada. Hasta que lo encontré: era apenas una mancha minúscula perdida entre el mar Caribe y el Atlántico. Y ahora estaba aquí, recién llegada, con mis maletas regadas por el piso.

Nota: Me llaman a comer, después sigo.

(Después de comer)

Sentía que tenía sueño y me acosté apenas terminé de comer, pero pasó un buen rato y no me pude dormir; entonces, quise salir a recorrer el lugar, pero no me dejaron porque era muy tarde.

Desde el aeropuerto de Santo Domingo a Punta Cana, hay que viajar unas cuantas horas en auto, pero no me acuerdo de nada, porque apenas me subí a la van que nos recogió a mi mamá, al Nico y a mí, me quedé dormida en el asiento de atrás. Cuando paró el motor y cesó el vaivén de las ruedas en el pavimento, desperté; no sé si fue el golpe de la puerta del conductor o fueron los ruidos incesantes de mis tripas lo que me trajo a la realidad.

Ya era de noche y sólo pude ver un edificio enorme, rodeado de palmeras y jardines que se iluminaban desde el suelo. Después, todo fue correr a saludar a mi papá, que se había venido dos semanas antes para ocupar su puesto en el hotel, y conocer el departamento donde viviríamos, que estaba en el último piso del edificio de la administración. Como aún no había visto nada, quería salir a recorrer el lugar, pero como mis papás me siguen viendo de la edad de mi hermano Nico (de tres años), y no como una niña de doce, no me dejaron.

Aún no había terminado de tomar el desayuno y ya estaba aburrida de escuchar a mi papá, sin contar los lloriqueos del Nico, hablando con mi mamá del colegio. Ocurre que en Santiago estábamos terminando el colegio, porque en noviembre ya son las pruebas y exámenes finales, pero aquí es todo lo contrario: entraron a clases en agosto, y eso quiere decir que apenas están partiendo. Como a mis papás les da lo mismo lo que yo opine, no escucharon mis alegatos sobre las vacaciones que me iba a perder y me dieron la mala noticia de que ya tenía colegio nuevo, de corrido, hasta junio del próximo año, sin vacaciones de verano (aunque aquí estamos en medio del otoño, pero es más caluroso que enero en Santiago). No es justo.

Por fin pude conocer el hotel. Es súper lindo, nada que ver con el departamento que le dan al gerente para que lo use con su familia en el edificio de la administración, donde estamos viviendo. Con todos estos muebles tan serios y camas gigantes, parece de viejos, sin vida, como si los muebles los hubiera puesto un decorador sólo para mirarlos; todo está tan limpio y ordenado que hasta al Nico, que es súper destrozón,

le da un poco de miedo tocar las cosas. Mi papá dice que este lugar tiene el mismo mobiliario del resto de las habitaciones del hotel, y que ya lo iremos acomodando para darle un toque de niños y sentirnos como en la casa en Chile. Cierto que este departamento tiene algo que me gusta: cada dormitorio cuenta con su propio baño privado, y eso yo lo encuentro bacán

Después del desayuno, lleno de malas noticias, me arranqué sin que se dieran cuenta, porque mi mamá ya estaba diciendo que quería ir a comprarme el uniforme del colegio y mostrarme no sé qué libros de historia para que supiera algo de este país. Salí despacio, sin casi hacerme notar, abrí la puerta principal y partí corriendo por los caminitos que recorren un parque lleno de palmeras y flores raras, hasta llegar por un costado del edificio de recepción. Me quedé con la boca abierta, en mi vida había visto un lugar tan entretenido: ante mí se veía una laguna llená de peces y una garza solitaria, con un puente de madera, rodeada de prados y árboles con flores de muchos colores. En medio de la laguna había una isleta con un escaño y un gran árbol frondoso que le daba sombra, después continuaba el puente hasta desembocar en varios caminos, con sus respectivas flechas, que indicaban un sinfín de lugares

entretenidos: cinco restaurantes, el casino, un spa, el teatro, la discoteca, el piano-bar, el salón de belleza, las boutiques, el club de niños, los distintos edificios de habitaciones para los turistas y el camino con la flecha que más me gustó, las piscinas.

Después de quedarme un rato mirando cómo los pasajeros salían de los edificios de habitaciones, todos entusiasmados rumbo al restaurante principal para tomar el desayuno, me fui a la piscina más grande, con forma de trébol, rodeada de palmeras y de reposeras; me sentí como hipnotizada por los rayos de sol reflejándose en el agua, y cuando estaba a punto de meterme con todo y ropa, escuché la voz de mi papá:

—Ema, puedes bañarte en la piscina, comer en los restaurantes y hacer todo lo que quieras, sin molestar a los huéspedes —me dijo serio, pero como me dio libertad de moverme por todos lados, quedé feliz.

Nota: Mejor me pongo luego el traje de baño. Después sigo.

(Escribiendo antes de dormir)

Hoy sí fue un día bacán, desde que me puse el traje de baño; primero, me bañé un montón de



rato en la piscina, me tomé todas las piñas coladas y coca colas del mundo gratis, sin salir del agua, ya que podía hasta sentarme en alguno de los taburetes sumergidos, porque el bar estaba al lado de la piscina y el mesón terminaba dentro de ella. Después, cuando me dio hambre, ni en broma se me ocurrió ir al departamento a almorzar. ¿Para qué?, si resulta que aquí hay un restorán que es el sueño de mi vida: lleno de pizzas, hamburguesas, pollos asados, hotdogs, papas fritas, nachos y todas esas cosas que mi mamá no me deja comer porque dice que lo único que hacen es engordar y no alimentan. De almuerzo probé todo lo que había en el restorán, hasta que no entró nada más en mi pobre guata, y como no me puedo meter al agua antes de una hora después de comer porque "me puede dar un calambre" (eso dice mi mamá), se me ocurrió explorar los alrededores y sin darme cuenta llegué a la playa que estaba un poquito más allá de la piscina, pero que no se podía ver porque la tapaban las palmeras. Ahí sí que me sentí feliz. Es que la arena es como harina fina y el agua del mar, ¡uff!, tiene un color entre verde y calipso (me dijeron que es de color turquesa, pero no conozco las turquesas), con tantas palmeras que parece un bosque. Me quedé haciendo tiempo y mirando para todos lados: los turistas tomaban

sol, otros tantos leían y tomaban tragos, los niños jugaban en el agua o a la pelota en la arena.

Cuando por fin pasó la dichosa hora, me metí como una bala en el mar. Fue estupendo, el agua casi no tenía olas y era caliente (no tanto como la de la bañera) y una se podía quedar todo el tiempo que quisiera, sin el riesgo de salir con los labios morados de frío, como me pasa siempre en las playas de Chile.

Me fui a cambiar de ropa al departamento, porque tenía ganas de seguir explorando el resort, pero mi mamá me raptó para que me probara el uniforme (que no sé en qué momento fue a comprar), cenara y me acostara a dormir temprano. En ese momento recordé que mañana tengo que ir a mi nuevo colegio, que con todo lo bien que lo había pasado, se me borró.

LUNES 24 DE OCTUBRE (PRIMER DÍA DE CLASES)

Mi mamá me despertó súper temprano. Hubiera preferido dormir otro poco y luego seguir recorriendo el hotel, pero no pude; después de arreglarme y tomar el desayuno en el departamento con mis papás, el chofer de la van del hotel nos fue a dejar al Higüey's British School, que no

está en Punta Cana, sino que en la ciudad de Higüey, a una hora del hotel. El colegio no se parece en nada al de Chile, éste es como los que salen en las películas gringas, lleno de pasto, palmeras, muchas canchas, auditorios, teatros y hasta piscina; aquí le dicen campus, como si fuera una universidad.

Mi mamá me dejó en las puertas del colegio. Entré súper pérdida, sin saber adónde tenía que ir; lo único que sabía era que estaba en séptimo B de Intermedio. Caminé con cara de despistada hasta que vi un mesón donde estaba una señorita que contestaba el teléfono. Me paré frente a ella con cara de pregunta:

—Good morning, miss —me dijo, antes que yo pudiera abrir la boca, y yo contesté angustiada:

—¿Qué fue lo que dijo?

Me tinca que puse cara de pánico, porque a la señorita le dio un ataque de risa, de ésos que no se quitan con nada.

—Buenos días, señorita, ¿en qué la puedo ayudar? —me dijo, después de calmarse un poco, y yo me sentí muy aliviada de poder entender sus palabras.

Lo único que quería saber era dónde estaba mi sala, pero resulta que no tengo sala, porque son los profesores con sus respectivos ramos los

que tienen aula, y urfá tiene que andar de un lado para el otro acarreando un montón de cuadernos y libros. Por lo menos, me dieron un casillero de ésos que tienen cerradura con clave, como en las películas, y lo encuentro bacán.

El colegio es muy entretenido, eso sí que tiene un pequeñito detalle: todo, lo que se llama todo, es en inglés: las clases, los libros, lo que uno escribe en los cuadernos, hasta esos típicos recaditos en papelitos bien arrugados que después se los tiras a un compañero, son en inglés, y mi problema es que yo soy matada para ese famoso idioma, del que no entiendo nada.

Mi primera clase fue de matemática; todos mis compañeros se quedaron mirándome fijo, como si yo fuera un marciano o algo por el estilo, ya sé que cuando una es nueva siempre pasa. Por eso es que intenté ser de lo más normal para que ojalá ni me notaran, pero resulta que todos mis compañeros son negros o mulatos con el pelo de un color tan raro, como café oscuro medio amarillento en las puntas y con unos rulitos bien chiquitos que parecen resortes, y yo soy tan blanca, que entre ellos era imposible pasar inadvertida.

Justo cuando estaba empezando a preocuparme por lo poco que iba a entender de matemática, escuché:

—Miss Ema —y no sé que más; de nuevo me desesperé por no saber lo que decían. Por suerte, una niña que estaba sentada a mi lado, entre risitas, me dijo:

—Te está preguntando hasta qué materia llegaste en el otro colegio.

Hablaba con una voz con ritmo de merengue, que hasta me dieron ganas de bailar y, gracias a Dios, en un español muy entendible.

Ana, la niña que me salvó en matemática, es como de mi porte y con la piel de color chocolate, con cuatro trenzas desparramadas por la cabeza. Es súper simpática; me mostró todos los rincones del colegio y me prometió que me ayudaría a aprender inglés, porque si no, seguro que repito y, para cuando vuelva a Chile, no podré seguir con mis antiguos compañeros.

Ramón, el chofer de la van, me recogió a la salida de clases. Todo el camino de Higüey a Punta Cana me fui mirándolo, impresionada por lo alegre que es: siempre está sonriendo y mostrando unos dientes que me dan envidia por lo blancos y parejos (no como los míos, que necesitan frenillos urgente, porque cada día noto que se me desparraman más).

Llegué a la casa, que en realidad es un departamento dentro del hotel con los mismos muebles

en serie de las habitaciones, a las cinco y media con una sensación de intranquilidad porque de verdad no entendí nada de lo que me pasaron; todo es en inglés y nunca he sido buena para ese idioma. Cuando saludé a mi mamá, me preguntó por mi día y le conté:

—No creo que pueda pasar de curso porque no entiendo nada de lo que hablan ni lo que explican, ya que todo lo dicen en inglés.

Mejor le daba de inmediato la noticia para que no se enoje tanto cuando le entreguen mis notas. Ella puso cara de pensante, después agarró la guía de teléfonos y se puso a llamar a no sé quién. Como no paraba la cháchara, opté por sacarme el uniforme del colegio, que es la típica faldita con polera (no usan chaleco, con este calor no creo que lo aguanten), me puse mi traje de baño con un pantalón corto y me fui al restorán, el que es como el cielo, a comer pizzas y tomar piñas coladas como loca.

Aquí se oscurece súper temprano, y no alcancé a ir a la playa porque cuando terminé de devorar todo lo que pude, ya era de noche, y con toda la comida y las estrellas me dio tanto sueño que mejor me fui al departamento. Ahí mi mamá me estaba esperando con cara feliz para contarme que me matriculó en una academia de inglés

cerca del colegio, como a dos cuadras, y tendré que ir todos los días. ¡No es justo, con lo lindo y entretenido que es este lugar, tendré que pasar estudiando!...

JUEVES 27 DE OCTUBRE

No he podido escribir en estos días, me lo paso corriendo de un lado para otro; para ir al colegio me tengo que levantar a las seis de la mañana, porque Ramón a las siete en punto me está esperando para ir a dejarme. Por lo menos, los viajes en la van son súper entretenidos: a Ramón le gusta el merengue y pone un CD de esos bien bailables y alegres. "Para que despierte", dice él. Como me estoy aprendiendo las canciones, ahora ya las puedo cantar y Ramón dice que me va a enseñar a bailarlo también, porque:

—Si no sabes bailar merengue, nunca viviste en Dominicana —y yo tengo muchas ganas de aprender.

En el colegio pongo cara de inteligente y a todo digo yes, pero cuando Ana, con la que ahora somos súper amigas, se da cuenta de que estoy metiendo la pata, me da una palmadita, me traduce al oído lo que me están hablando y después contesta en inglés por mí. No sé que haría

si ella no estuviera, seguro que ya me hubieran echado.

Ana es bacán, tiene una mamá un poco rara, algo así como religiosa, pero no de la religión típica de esas de ir a misa. Se viste de blanco, siempre está riéndose, como en la luna, y deja que Ana haga todo lo que se le ocurra. El papá de Ana no está en Dominicana porque es diplomático en un país de esos bien perdidos en África, y todos los meses le manda encomiendas llenas de cosas entretenidas, como unas máscaras de ceremonias zulúes y no sé qué más.

Estos dos días he tenido que ir a la academia de inglés; encuentro que es una pérdida de tiempo, porque lo único que hacen es ponerme delante de un computador con audífonos y parece que ni se acuerdan de que estoy ahí y, como a esas alturas ya me da tanto sueño, me cuesta un mundo no quedarme dormida.

Llego al departamento cuando está oscuro y no me queda tiempo para nada. Además, el Nico ahora se duerme re'tarde y, en cuanto me ve, lo único que hace es sacar mis cuadernos del bolso y rayarlos con lápices de colores. Todo lo que quiero es que crezca para que se le quiten los lloriqueos y eso de agarrar mis cosas o, por lo menos, que no se acuerde de que tiene hermana.

Ana me contó un secreto súper grande y me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Le dije que no tenía a quién contárselo, porque ella es mi única amiga. Entonces me agarró de un brazo y nos dimos como mil vueltas por el colegio hasta que llegamos a un rincón bien perdido detrás de unas palmeras.

—Ema, mira, lo que pasa es que un grupo de amigos y yo estamos metidos en un tremendo lío —me dijo, y se quedó callada, sin ganas de contarme, pero le rogué que siguiera porque no le iba a contar a nadie. Se lo juré hasta por el Padre Hurtado, que es el santo que está más de moda en Chile, pero que ella no tenía ni idea de quién era, así que le tuve que contar la película de su vida que vi antes de venirme a Dominicana, porque lo iban a canonizar. Parece que le gustó la película, porque después me tiró todo el rollo de una. No encontré que el secreto fuera tan terrible como Ana piensa, y me dieron hartas ganas de escribirlo en mi diario, pero me da miedo que alguien lo encuentre y quede la escoba. Así que ahora estoy buscando dónde puedo esconderlo, en un lugar secreto para que nadie lo pueda ver.

Por fin encontré un lugar ultra seguro y escondido para mi diario, pero no pienso escribir dónde es, porque si alguien justo me ve escribiendo, lo descubrirían y me costó mucho encontrarlo.

Ocurre que Ana tiene dos amigos en el colegio, Cecilia y Pancho, que son un poco más grandes que nosotras. Están en el octavo A de Intermedio, y ella los conoció el año pasado en el taller de etiqueta. Me he dado cuenta que en este colegio enseñan las cosas más raras del mundo, y ese taller es para aprender a comer y comportarse educadamente (no le pienso contar a mi mamá de eso, ya que de seguro me inscribe, porque dice que estoy hecha un desastre con mis modales).

Ana me contó que un día, después de salir de esas clases, los tres se fueron a dar una vuelta por Higüey. Llegaron a una plaza y estaban conversando bien entretenidos cuando vieron aparecer por la calle una moto a toda velocidad, con un tipo gordo arriba que llevaba una bolsa colgando, mientras arrancaba de una patrulla de la policía que lo perseguía con las sirenas y las luces a todo lo que daban. El tipo se metió con moto y todo a la plaza y daba unas vueltas que casi se caía; los policías también se metieron con la patrulla a la

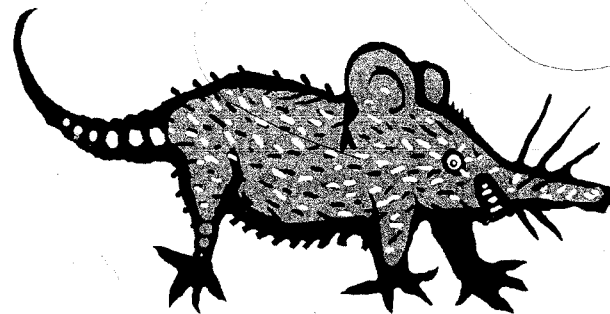
plaza y Ana me contaba que les dio tanto susto, que se escondieron detrás de una estatua de Juan Pablo Duarte (el padre de la Patria, como Bernardo O'Higgins, de Chile). En eso estaban, cuando vieron que al tipo de la moto se le cayó la bolsa y la patrulla casi la atropella, porque ahora iba más rápido.

Salieron del escondite cuando la sirena se escuchaba a lo lejos y, al pasar por el lado de la bolsa, se dieron cuenta de que se movía. Ana me contó que se agacharon para abrirla y que encontraron un animalito flaco y maltratado.

De eso hace dos semanas, y el animalito aún está a medio morir en la casa de Ana, que lo tiene escondido en una jaula dentro de su armario, porque su mamá no la deja tener mascotas y menos ésta, que parece ratón, pues les tiene pánico a los ratones.

Ana me vino a visitar el domingo al hotel y me trajo a la Sole, que es el nombre que le puso al animalito que encontraron. La Sole es tan, pero tan linda, parece un ratón trompudo en grande, casi como un conejo, con la cola y las patas bien largas y peladas, aunque en el resto del cuerpo tiene el pelo muy suave. Trato de describirlo para que no se me olvide, pero no puedo, así que hice este dibujo de ella, que no me resultó muy pa-

recido porque tampoco soy muy buena para el dibujo.



Ana me contó que averiguó en internet y encontró una foto igual al animalito en una página de la fauna dominicana, que resultó ser un solenodonte. Dejamos a la Sole en el baño de mi pieza y nos fuimos a la cyber-sala del hotel para investigar más de esos animales. Entramos a un montón de páginas y en todas decía que está en peligro de extinción, ya que los traficantes los venden como mascotas exóticas en Estados Unidos y en Europa, y en algunos lugares hasta se los comen.

Antes que descubriéramos esto en internet, Ana y sus amigos habían pensado en ir de nuevo a esa plaza, para ver si encontraban al tipo de la moto para entregarle a la Sole, porque ninguno de ellos lo podía tener en su casa. Dicen que si los pillan recogiendo animales, los castigarían por el

resto de la vida. Yo creo que los adultos ni se preocupan de los seres vivos, sólo les importa el trabajo, el auto y esas cosas que se pueden comprar con dinero.

Ahora estábamos seguras de que el tipo de la moto era uno de esos traficantes o, por lo menos, se quería comer a la pobre Sole, que es tan linda. Yo no podía permitir eso: como quiero ser veterinaria, tengo que proteger a los animales. Sin pensar, le dije a Ana que yo cuidaría a la Sole, y me quedé con ella.

LUNES 31 DE OCTUBRE

No sé cómo lo voy a hacer: no me queda tiempo para ir al colegio, a la academia de inglés y además cuidar a la Sole. Ya no me puedo levantar a las seis, no alcanzo a alimentar a mi solenodonte, hacerle un poco de cariño para que crezca feliz y arreglarme, todo antes de las siete. Si no encuentro quién me ayude, me voy a volver loca con tanta cosa.

MARTES 01 DE NOVIEMBRE

Hoy tengo más sueño que nunca, y todo de pura despistada. Ocurre que ni se me ocurrió

preguntar si en Dominicana el uno de noviembre era feriado, como en Chile, que se celebran a todos los santos y la gente va a los cementerios a dejar flores. Cuando llegué súper cansada del colegio y de la academia de inglés, después de ver a la Sole me fui a dar una vuelta por el hotel. Encontré que todos los empleados estaban súper ocupados decorando el restorán principal para la noche, con calabazas y telas de araña de mentiras, porque iban a dar una cena especial por la Noche de Brujas.

Los huéspedes se iban a disfrazar, ya que después de comer, en la terraza que está junto a la piscina habría una fiesta con todo y competencia de quién se vería más feo. Yo me entusiasmé tanto, que le pedí permiso a mi papá para quedarme un rato; me dijo que bueno, pero hasta las diez de la noche, así que me fui a mi dormitorio para buscar un disfraz. Como no encontré nada, se me ocurrió que en el teatro podría encontrar algo y justo, en un armario, descubrí un montón de ropas raras. Estuve a punto de disfrazarme de monstruo, pero no me gusta verme fea, ya es suficiente con los dientes chuecos y mis piernas flacas que trato de esconder como sea. Por eso, saqué la ropa más bonita que encontré y quedé como una actriz

súper linda; igual prefiero no verme fea, aunque no gane el concurso.

En la fiesta de Halloween tenían montones de cositas ricas para comer y tomar. En la piscina pusieron unas lamparitas de calabaza re'lindas y la música sonaba súper fuerte porque estaba tocando una orquesta puros merengues de esos que escucho con Ramón cuando me va a dejar al colegio. Los huéspedes bailaban como locos y los animadores que estaban sobre el escenario los hacían moverse para un lado y después para el otro, Yo estaba tan contenta con la fiesta, y como me sabía todas las canciones, las cantaba a grito pelado. Cuando me hallaba en lo mejor, un animador se dio cuenta que estaba cantando:

—Vamos, Chile, ven y canta con nosotros.

Aquí todos los empleados me dicen Chile. Yo me hice la tonta, me daba vergüenza cantar delante de tanta gente, porque, por mucho que me supiera las canciones y me viera como actriz de cine, no tengo bonita voz y nunca me he sacado un siete en clases de música. Pero el animador siguió insistiendo, y no me quedó otra alternativa que recibir el micrófono y ponerme a cantar. Creo que si supiera bailar bien el merengue, hasta podría tener mi propio show en el hotel.

Cuando vi a mi mamá mirando desde un rin-

cón con cara de furia, ya era como la una de la mañana y yo seguía cantando en el escenario. Me hizo una seña con la mano y tuve que devolver el micrófono. Me retó todo el camino hasta el departamento y más encima me dio la mala noticia que en Dominicana el primero de noviembre no es feriado. O sea, apenas dormí cinco horas, ya que tenía que ir al colegio. En clases no serví para nada, ni siquiera para contestar yes, porque casi me dormía de pie.

MIÉRCOLES 02 DE NOVIEMBRE

Esto es terrible; como ayer tenía tanto sueño, después de escribir en mi diario me quedé dormida sobre la cama con el uniforme del colegio puesto y se me olvidó por completo la pobre Sole, que estaba en su jaula dentro de mi cuarto de baño. A eso de las cinco de la mañana, desperté con unos gritos horribles, como los que escuchaba en el campo en Chile cuando le pegaban a los chanchos. Al comienzo pensé que era un sueño, pero no, seguía escuchando los chillidos y fui siguiendo el ruido hasta que llegué a mi baño: era mi solenodonte que gritaba desesperado y yo no sabía qué hacer para que se callara, porque si seguía así seguro despertaban mis papás y ahí sí

que quedaba la escoba. Me acordé que con la fiesta, los merengues, mis bailes y el sueño que tenía olvidé alimentar a la pobre Sole, que ahora estaba bramando de hambre. Fui a buscar unas galletas que tenía en mi bolso del colegio, pero a ella no le gustaron y siguió chillando. Le puse unas frazadas sobre la jaula para que no se escucharan tan fuerte los chillidos, y fui con un vaso a buscar bichos al jardín. Estuve como media hora escarbando y, por fin, cuando estaba amaneciendo pude pillar unas cosas como grillos, que agarré, con mucho asco, y se las llevé a la Sole para que comiera y dejara de chillar.

Antes de irme al colegio, escuché a mis papás hablando de unos ruidos raros que oyeron en la noche; me hice la tonta, ya que si se llegan a enterar de mi solenodonte capaz que lo sacrificuen, creyendo que es un ratón.

En el colegio, Ana me presentó a sus amigos del otro curso, Pancho y Cecilia, y nos quedamos hablando los cuatro para ver qué podíamos hacer con la Sole. Decidimos que lo mejor sería entregarla en el cuartel de la policía, aunque nos diera mucha pena, porque ésta buscaría un lugar donde la protejan y puedan ser felices los solenodontes ya que nosotros, con eso de tener que ir al colegio y los papás tan enojones, no podíamos. Queda-

mos en que iríamos mañana, después de clases, así que me tendré que fugar de la academia de inglés.

JUEVES 03 DE NOVIEMBRE (A LA HORA DE ALMUERZO)

Hoy tuve que venir con la Sole al colegio, y fue un gran drama; primero, no sabía cómo esconderla, entonces inventé que tenía que llevar una caja de cartón forrada a clases de arte para poder esconder en ella la jaula de la Sole, y así pude salir de la casa sin que se dieran cuenta. El problema fue que en la van la Sole se puso a chillar (yo creo que le dio miedo el movimiento) y la escuchó Ramón:

—¿En qué anda, Ema? —me dijo, y apagó los merengues que tanto me gustan.

—En nada, ¿por qué? —le contesté, haciéndome la súper tonta, y seguimos viajando sin música.

Como la Sole no se calmaba y seguía chillando, Ramón paró la van a la orilla del camino, dio vuelta la cabeza y me dijo:

—Mija, mejol dígame que es lo que lleva en la caja —poniendo cara seria, mientras la Sole seguía gritando. Me quedé callada.

—Mija, la caja es muy chica pa llevá un chanchito, y no me gustaría que fuera uno de esos rato-

nes del demonio –siguió insistiendo Ramón.

–No es un ratón del demonio, es un solenodonte –le contesté y abrí la caja para que lo viera, pero él pego un salto del asiento, como queriendo arrancar.

–Pero usted no puee andal con esa cosa, mija, no ve que la puee moldel. —Qué exagerado.

–Si no muerde –dije.

Parece que no me creyó nada, porque me hizo cerrar la caja y dejarla en el asiento de atrás, y después tuve que jurarle que no volvería con la pobre Sole al hotel. Él dice que los solenodontes muerden y que, más encima, son venenosos. No sé de donde sacó eso, parece que nunca ha visto el *Animal Planet*, donde pasan un montón de programas de animales raros y, si el solenodonte fuese venenoso, seguro que le dedican un programa entero.

Nota: Mejor sigo escribiendo después, o me voy a quedar sin almuerzo.

(En la noche, tirada en mi cama)

La Sole estuvo todo el día en mi casillero, encerrada en su jaula dentro de la caja de cartón. En cada recreo le llevaba algo de comida: unos gusanos que me trajeron mis amigos y unos po-



cos grillos que me quedaron del día anterior. Por suerte, a la Sole le gusta dormir de día y no hizo ningún escándalo.

Después de clases, me junté a la salida del colegio con Ana, Pancho y Cecilia. Estaban súper tranquilos porque no tienen que ir a la academia de inglés, en cambio yo estaba muerta de susto pensando que mi mamá o Ramón me iban a pillar en plena escapada.

Pancho sacó un plano de Higüey y nos dimos cuenta de que, para ir al cuartel de policía, había que tomar una güagüa (así le dicen aquí a las micros). Fue muy entretenido viajar en una especie de camión común y corriente, pero con asientos de plástico en fila en la parte de atrás, ventanas sin vidrios y una carpa como techo. La güagüa dio como mil vueltas, pero no me importó, en toda mi vida nunca había andado en una micro tan bacán.

Cuando por fin llegamos al cuartel de policía, bajamos con mucho cuidado para que la Sole no despertara chillando. En la entrada del cuartel había un grupo de policías, todos con su uniforme azul y una escopeta o metralleta (no sé lo que era, nunca vi antes una de esas en vivo). Entramos, y un oficial negro, gordo y transpirado que estaba en un escritorio bastante sucio, nos

preguntó con cara de pocos amigos:

—¿Qué quieren?

—Ver al oficial encargado —le dijo Pancho, con voz de persona importante.

—Esperen ahí —nos ordenó el policía, indicándonos unas sillas viejas al costado de un mueble lleno de archivadores.

No me gustó nada la idea de estar esperando sentada, escondida en un rincón, porque ahí sí que no nos veíamos y quién sabe cuándo nos iban a atender. El problema era que yo tenía que estar a las seis en punto en la puerta de la academia, para que me recogiera Ramón.

Mientras esperábamos, vi entrar a un hombre que me llamó la atención por su bigote ridículo; grande y espeso, parecía un escobillón ensartado en su cara. El hombre bigotón cruzó el pasillo principal hasta donde se encontraba un oficial entregando información al público, pasó por delante de las personas sin esperar su turno, le dijo un par de cosas al funcionario y éste se paró enseguida de su lugar y entró a una oficina de la que inmediatamente salió un policía blanco, alto y corpulento. Hasta ese momento, él y yo éramos las únicas personas blancas en el lugar. El hombre del bigotón lo saludó entusiasmado, pero el policía le dio una mirada severa, lo tomó por un brazo y lo

empujó disimuladamente a un rincón, delante del mueble lleno de archivadores.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó el policía, enojado.

—Le conseguí un ratón, helmano, pero no se lo pueo entregal aquí, lo tengo medio dolmío allá trá —le respondió el hombre del bigote de escobillón.

—Usted está loco, Buchú, ¿cómo se le ocurre venil aquí? —le dijo el policía blanco.

—Helmano, usted sabe que esto ratones están muy pedío. Primelo se lo traigo a usted, pero si no lo quiere, pue me lo llevo —le contestó el bigotón.

—Está bien, me queo con él, pero escuche, Buchú, no venga al cuartel —le ordenó el policía.

—Lo único, helmano, es que la cosa está muy difícil, y este ratón le cuesta doscientos veldes —siguió hablando el bigotudo, con los ojos muy abiertos, mirando al policía blanco, quien asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces, a las ocho en los naranjos —le dijo el bigotón al policía, mientras le soltaba un manotazo amistoso en la espalda.

El hombre bigotón salió del cuartel mientras el policía blanco caminaba de regreso a la oficina de la que había salido, regañando entredientes algo que no pude escuchar.

Yo me sentía casi desesperada porque no nos atendían nunca. Estaba claro que no teníamos para cuándo porque los dos hombres (el policía y el bigotudo) estuvieron hablando junto a nosotros, pero no nos vieron. Me paré y fui con todo y la Sole donde el policía gordo, que recién se acordó de nosotros cuando me vio parada frente a él. Se levantó de su escritorio, entró a otra oficina y, cuando volvió, nos hizo pasar. Nos atendió el mismo policía blanco que ya había visto antes hablando con el hombre de bigote ridículo.

—Encontramos botado a este solenodonte en la plaza El Naranjo —le dijo Pancho al policía, después de saludarlo y darle nuestros nombres, y me hizo una seña para que sacara la jaula.

—Nosotros no lo podemos tener, por lo que decidimos entregarlo aquí para que lo lleven a un refugio —dijo Pancho, con la misma voz de hombre importante de antes.

El policía blanco no dijo nada, pero me fijé que le brillaban los ojos mientras estiraba las manos para recibir la jaula.

—¿Se lo podemos dejar, verdad? —continuó diciendo Pancho, y ahí sí que le salió la voz al policía:

—¡Pol supuesto, aquí lo vamo a cuidal! —y

puso cara de felicidad, como si se hubiese ganado la lotería—. Estos ratones son muy escasos y peligrosos —y cuando dijo ratones, me di cuenta que había sido sobre solenodontes su conversación con el hombre de bigote como escobillón.

Me empecé a acordar de todo lo que hablaban, bien perdida en mi mente, mientras sentí que Pancho tironeaba la jaula para entregársela al policía. A esas alturas ya me había arrepentido de dejar a la pobre Sole en el cuartel porque, más encima se me pasaban como películas las imágenes de loros dentro de tubos de plástico, monos todos fajados y amarrados al cuerpo de un traficante capturado en la aduana de un aeropuerto y hasta la foto tan horrible que vi en una campaña del Greenpeace, en donde mostraban un montón de pajaritos muertos dentro de una maleta.

—Yo quiero mucho a la Sole, igual que mis amigos —dije de repente, pero parecía que el policía no escuchaba; estaba concentrado mirando a la Sole.

—Nos gustaría mucho despedirnos de ella —agregué, pensando en que tenía que hacer algo para sacar a la Sole del cuartel de policía.

—Pelo clalo, niña, despídase no más —me respondió el oficial blanco.

—Es que tiene que ser en privado —le dije, tratando de que saliera de la oficina.

Pero el policía no salió, yo creo que no quería perder de vista a la Sole, sino que nos hizo pasar a un cuarto de baño que había en el interior.

—Este tipo no es bueno —les dije a mis amigos, después de cerrar con seguro la puerta del baño—. Cuando estábamos esperando afuera, lo escuché hablando con otro tipo sobre un ratón y doscientos verdes que tenía que pagar por él —les expliqué, para que me creyeran.

—Doscientos verdes son doscientos dólares.

Por fin sacó la voz Cecilia, que casi nunca habla.

—Seguro que es un traficante de animales, por eso se puso tan feliz cuando le mostramos a la Sole —les dije.

Sin esperar respuesta, me encaramé en el lavamanos y asomé la cabeza por una ventana sin vidrio; sólo tenía una malla plástica para que no entraran los bichos.

—Tenemos que arrancar por aquí —les dije, con un poco de susto por esto de ser fugitiva, primero de la academia de inglés y ahora de la policía.

Ana me pasó un cuchillo cartonero que andaba trayendo en su bolso y yo rasgué de un golpe el mosquitero. Cecilia fue la primera en salir, lue-

go Ana con la Sole y, justo cuando me tocaba a mí, golpearon a la puerta.

—Niños, ¿les falta mucho pa telminal de despedirse? —sonó la voz del policía y Pancho se puso todo nervioso.

—N n oo of of oficial —dijo, tartamudeando.

—¡Abran la puerta, niños!

El policía blanco trataba de abrirla a golpes.

—Espere un poco, señor, es que nos queríamos mucho con el solenodontito y tenemos mucha pena —le dije, haciendo como que lloraba, y me trepé lo más rápido que pude por el lavamanos.

Pancho estaba con medio cuerpo afuera de la ventana cuando escuchamos un golpe terrible y vimos al policía adentro del baño. Éste agarró a Pancho de una pierna y lo empezó a tironear hacia él.

—¿Adónde creen que van los niñitos ricos? ¡Entréguenme ese ratón del demonio! —nos gritó con tanta rabia, mientras seguía tironeando a Pancho, que ya casi se caía hacia dentro del baño.

Nosotras no nos podíamos escapar solas y dejar ahí al pobre Pancho.

— ¡Patéalo, Pancho, patéalo! —le grité.

Pancho se puso a dar patadas como loco con la pierna que le quedaba libre, pero con tan mala

puntería que no le achuntaba una y, más encima, el policía le atrapó la otra pierna y lo tiraba con más fuerza hacia dentro del cuarto. Cuando ya no le veíamos ni la cabeza al pobre Pancho, casi sin pensarlo, volví a entrar trepando por la ventana.

El policía tenía aplastado a Pancho contra el suelo, que se movía desesperado tratando de liberarse. Me dio tanto susto de que pudiera hacerle quizás qué cosa a mi amigo que, así de una, me tiré sobre la espalda del hombre, mientras me afirmaba con un brazo de su cuello y con el otro le tiraba el pelo. En un movimiento que hizo para tratar de librarse de mí, aproveché que una oreja me quedó cerca y le mandé un mordisco. El policía dio un tremendo grito de dolor, soltó a Pancho, que quedó tirado en el suelo, y me agarró por un brazo, con tanta furia y fuerza, que hasta creí que me lo había arrancado. Pancho sacudió la cabeza y se paró medio atontado.

—¡Arranca, Pancho! —le grité, pero él no quería.

—¡Arranca, te digo! —volví a gritarle y él, como pudo, se subió al lavamanos y salió por la ventana.

Yo seguía tirando patadas y manotazos para cualquier lado, pero no conseguía librarme del policía. Por suerte, el hombre me tomó de frente,

por los brazos, y en medio de tanto escándalo me acordé de una película que vi, en donde una mujer arrancaba de un asaltante dándole una patada entre las piernas y, suácate, le mandé el medio rodillazo justo ahí. El policía puso los ojos blancos y me soltó, porque no podía encogerse del dolor y mantenerme agarrada. Entonces me subí al lavamanos como una bala, salí por la ventana, y arrancamos los cuatro con la Sole.

VIERNES 04 DE NOVIEMBRE (A LA HORA DE ALMUERZO)

Ayer la Cecilia se tuvo que llevar a la Sole porque, como Ramón me hizo re'jurar que no la llevaría de vuelta al hotel, no nos quedó otra que turnarnos para cuidarla, por lo menos hasta que Ramón se olvide de la Sole.

Hoy, en el primer recreo, Ana y yo fuimos a buscar a Pancho y a Cecilia, que son bien amigos y andan siempre juntos. Los encontramos en los jardines al lado de la piscina, y el pobre Pancho casi no se podía mover de lo adolorido que estaba. Nos dijo que a su mamá le contó que se había caído, porque podía disimular el dolor pero no los machucones. Me quedé mirando cómo hablaba, mientras se le hacían unos hoyitos en las mejillas, que se veían tan divertidos en su piel mulata;

también me fijé en su pelo crespito, como motas. Pancho seguía hablando y yo lo seguía mirando fijo, me reía de todo lo que decía y lo encontré tan bonito y simpático, que hasta he pensado que ayer lo salvé del policía porque estaba enamorada a tercera vista de él y no lo sabía.

(En clase de Historia)

Si me pillan escribiendo en mi diario, seguro me castigan, pero no creo que la miss se dé cuenta que no estoy poniendo atención en clase ya que todos están tomando apuntes y ni siquiera se nota que yo estoy escribiendo otra cosa. Además, no puedo poner atención en algo que no entiendo, y de lo que me di cuenta a la hora de almuerzo es mucho más importante.

Resulta que me quedé súper preocupada pensando en eso de que tal vez estoy enamorada de Pancho y, mientras almorzábamos, le pregunté a Ana si Cecilia y Pancho eran novios. Me dijo que no, pero que creía que se gustaban. Yo también creo que se gustan porque andan para todos lados juntos y se miran con cara de tontos, como los enamorados, y me dio harta pena por mí, Tengo pocas posibilidades de gustarle a Pancho, porque la Cecilia es bien simpática y bonita. Él es más

alto que yo, de piel mulata, la nariz respingada, los ojos verdes y el pelo de rulos como resortes que le caen desordenados en la espalda; es verdad que habla poco, pero siempre se está riendo.

Si yo fuera Pancho, seguro me gustaría más la Cecilia que una niña como yo, que me veo súper rara con esta piel tan blanca que hasta se me traslucen las venas, el pelo liso de color amarillo desabrido, los dientes chuecos. Por lo menos esto tiene remedio, porque en cuanto termine de cambiar las muelas me pondrán frenillos, pero lo que no tiene remedio son las pecas ni las piernas flacas, y lo único que me gusta de mí son mis ojos, que las personas siempre dicen que parecen almendras azules. Mi mamá me dice que soy linda cada vez que puede, pero yo no le creo mucho porque todavía no conozco una mamá que encuentre feos a sus hijos.

(De noche)

Estoy muerta de susto. Cuando salí de clases e iba caminando hacia la academia de inglés, vi una patrulla policial que se estaba estacionando frente al colegio. Me devolví, escondiéndome entre los alumnos que salían amontonados, y casi me da un ataque cuando se abrió la puerta de la

patrulla y bajó el policía blanco al que le pegué ayer. Sentí que me faltaba el aire y me tiritaban las piernas, y esperé un rato para tratar de calmarme. Como era policía, tal vez tenía que investigar algún robo en el colegio, porque ¿cómo podría andar tras nosotros si lo único que sabía era que nos fugamos con un solenodonte? Pero, justo cuando estaba empezando a calmarme, recordé que al ir al cuartel andábamos con el uniforme del colegio, y que mencionamos nuestros nombres y apellidos cuando lo saludamos.

Entré nuevamente al colegio y me fui derecho hasta la recepción, donde trabaja esa señorita que contesta todo el día el teléfono en inglés, miss Amanda se llama, y, haciéndome la tonta, le pregunté:

—Miss, ¿pasó algo en el colegio que anda un policía?

Entretanto yo miraba para todos lados, por si aparecía de nuevo y tenía que esconderme.

—No, tiene una entrevista con Coordinación de Intermedio —me dijo miss Amanda, lo que me puso más nerviosa todavía.

No hubo forma que me dieran ganas de ir a la academia, por lo que decidí esperar un rato y llamé a Ana por el teléfono público que está a la entrada del colegio, para contarle que el policía

blanco estaba hablando con la coordinadora de Intermedio.

Veinte minutos después de terminar de hablar por teléfono llegaron mis amigos, y los cuatro nos agachamos y escondimos detrás de unos arbustos que están a la salida de la recepción. De pronto, se acercaron unas enormes botas negras, y cuando levantamos la vista se nos apareció el policía blanco como un gorila vestido con el uniforme azul, con las marcas de mis dientes en su oreja. Pancho se asustó tanto de verlo de nuevo, que quiso salir arrancando; Cecilia se agachó más todavía, como tratando de meterse dentro de la tierra, mientras Ana, que tiene un celular de esos con cámara fotográfica, le sacó una foto lo más rápido que pudo, tratando de no hacer ningún ruido.

Sonó el celular del policía, y el hombre se paró justo delante del arbusto donde estábamos escondidos.

—¿Cómo anda, Buchú?... ah... ah... mal, hermano, unos carajitos lo tienen. Llegaron ayer al cuartel, me lo iban a entregar, pero no sé qué les pasó...aha... se arrancaron...aha...hermano, eran cuatro... como de once años...hermano. La carajita extranjera me agolpeó la entlepielna... ya... le vamos a dal duro... aha... sé de onde son estos carajos... me las van a pagal toa.



Entre más escuchábamos lo que decía, más miedo nos daba; el policía blanco nos había encontrado y sabía que estábamos en ese colegio.

La patrulla policial partió con el gorila blanco (así le pusimos al policía porque no sabíamos su nombre) y nosotros seguíamos escondidos detrás de los arbustos, y yo hasta tenía miedo de ir a esperar a Ramón afuera de la academia de inglés. Por suerte, mañana es sábado y no tenemos que ir al colegio.

DOMINGO 06 DE NOVIEMBRE

Ayer les pregunté a mis papás si podía invitar a unos amigos del colegio a quedarse la noche del sábado en el hotel, algo así como una fiesta de pijamas, y como ellos están tan interesados en que me acostumbre a Dominicana, encontraron que era una súper buena idea para que hiciera nuevos amigos y extrañara menos a Chile. Mi mamá llamó a los papás de Ana, de Pancho y de Cecilia, y éstos vinieron a dejar a mis amigos en la tarde.

Cecilia trajo a la Sole súper escondida, así que le hicimos un ambiente bien natural en mi baño con tierra, ramas y unas plantas en maceteros que encontramos repartidas en los pasillos del hotel.

Esa noche dormimos muy poco porque teníamos que pensar qué podíamos hacer para que nos cambiaran a los cuatro de colegio, ojalá de ciudad, para liberarnos del gorila blanco que de seguro nos iba a seguir buscando hasta encontrarnos. Por más que pensábamos no se nos ocurría nada. En lo que sí estábamos de acuerdo era en no contarle nada a nuestros papás, pues lo más probable era que nos castigaran para siempre por meternos en líos o que no nos creyeran.

Eran las cuatro de la mañana, y como no teníamos ningún plan, decidimos bajar a buscar bichos para la Sole, que está súper buena para comer y le quedan apenas dos grillos y un gusano. Nos fuimos por detrás del restorán principal, ya que en ese lugar no anda nadie, y así no nos verían escarbando la tierra. Cuando estábamos en lo mejor metiendo todos los insectos que encontramos dentro de un frasco con hoyitos en la tapa, vi una sombra grande que se movía tan lento que apenas se notaba, casi sin hacer ruido.

—¿Qué es eso que se mueve? —les pregunté a mis amigos, bien despacito y muerta de susto de sólo imaginarme que el gorila blanco ahora estuviera metido en el hotel.

—Vámonos de aquí —dijo Cecilia.

Pero Pancho, que se cree el jefe del grupo

sólo por ser hombre, dijo que mejor nos quedaríamos a investigar. Nosotras no teníamos muchas ganas, pero era mejor saber si el gorila blanco ya nos había encontrado.

Como estaba oscuro, nos podíamos mover sin que nos vieran, así que caminamos con mucho cuidado para poder ver más de cerca la mancha oscura como sombra. De pronto, cuando pasamos delante de una palmera, se encendió una de esas luces que se activan con el movimiento, y alumbró la figura oscura y grande que estábamos siguiendo. Los cuatro quedamos inmóviles, con la mirada fija puesta sobre la van que todos los días me va a dejar y a buscar al colegio: avanzaba con el motor apagado, con las letras curvas que dicen Hotel & Casino Grand Palace Bavaro Beach tapadas con otro cartel que decía Viajes Especiales, y la empujaba Ramón con mucho cuidado, para no hacer ruido.

Al verse sorprendido, Ramón empezó a rogarme que no le contara nada a mi papá.

—M'hija, usted sabe que no soy hombre malo; la cosa está difícil, no alcanzo a mantener a la mujer y el hijo con la paga del hotel... M'hija, el chiripero tiene que hacer algo ma pa tener un dinerito extra —me decía de corrido, casi sin respirar, con su ritmo de merengue dominicano. Y agregé que

no nos dejaría irnos hasta que le juráramos que no contaríamos nada de lo que habíamos visto.

Ya estaba empezando a amanecer y, a esas alturas, estábamos muertos de sueño. Pero Ana, que tiene ideas re'buenas, me dijo al oído:

—Necesitamos un adulto, así que dile a Ramón que nos vamos a quedar callados, pero que él nos tiene que ayudar.

Se lo dije y, como no le quedó otra alternativa, aceptó.

Por lo menos, los cuatro tuvimos un día tranquilo. Nos levantamos bien tarde, le dejamos hartos bichos a la Sole y después nos fuimos a la playa a hacer body board y a bucear entre los turistas. Cada vez que teníamos hambre, nos íbamos al restorán de los cielos a comer. Lo pasamos tan bien que sólo me acordé del problemita que teníamos cuando mi mamá me mandó a dormir temprano. Al otro día tenía colegio y me entró la desesperación.

MARTES 08 DE NOVIEMBRE

Ayer no tuve tiempo de escribir debido a la cantidad de cosas que tenía metidas en la cabeza. Camino al colegio, le pedí a Ramón que no se fuera de inmediato cuando llegáramos a Hi-

güey, ya que con mis amigos habíamos quedado en juntarnos temprano a la entrada del colegio y yo tenía miedo de bajarme de la van, porque me tincaba que el gorila blanco estaba cerca. Tal como lo temí, cuando estábamos llegando a los estacionamientos lo primero que vi fue la patrulla. Por suerte se hallaba sola y a medida que iban apareciendo mis amigos, yo les hacía una seña por la ventana para que se subieran a la van. No entramos a clases y Ramón, que ahora era nuestro cómplice, nos llevó a su casa en Higüey, el lugar más seguro que se nos pudo ocurrir.

La casa de Ramón estaba casi a la salida de la ciudad, yendo hacia La Romana, que es otro pueblo lleno de hoteles y resorts. Pasamos por lugares que nunca había visto, pues en la van siempre hacíamos la misma ruta de ida y vuelta, sin desviarnos. Mis amigos hablaban no sé de qué cosa, no les puse atención, mientras miraba sorprendida todo lo que veía en la calle: la gente que caminaba sucia y desarreglada, los niños chicos, como de la edad de mi hermano Nico, medios piluchos jugando entre la maleza tropical; en unos quioscos, como los de diarios, vendían una carne que casi no se veía con tantas moscas tratando de alimentarse. En las esquinas, mujeres cortando el pelo a sus clientes

en plena calle y hombres vendiendo trozos de caña de azúcar, como en Santiago venden súper ocho en las micros. Yo miraba y miraba boquiabierta porque, hasta ese momento, lo único que conocía de República Dominicana era el hotel de cinco estrellas que mi papá administraba; allí todo era lindo y limpio, hasta parecía que en Dominicana no había muchos negros ya que todos los turistas eran rubios o por lo menos blancos, siendo los empleados del hotel las únicas personas de color que podían verse. En el colegio estilo gringo en donde estoy, se habla todo en inglés, como ya dije, y aunque he visto a otros dos alumnos blancos además de mí, los demás son de color, pero como tratando de hacerse de los de Estados Unidos.

Lo que veía me dio tanta pena que hasta me puse a llorar. Mis amigos pensaron que me estaba dando un ataque de susto por habernos escapado del colegio. Yo no les dije nada, preferí guardarme las lágrimas que me producía el no entender cómo la gente, en un país tan lindo, podía vivir así, en unas casitas que casi se caían.

Ramón se detuvo frente a su casa, que era tan pobre como las que vi en el camino, y hasta encontré que estaba bien eso de sacar a escondidas la van para ganar un poco más de plata y cambiar-

se a otra casa que, por lo menos, tuviera vidrios en las ventanas.

Ramón bajó y luego apareció con su familia: Mariano, un niño como de nuestra edad, y Clara, su mujer, con quien nos dejó súper recomendados para que no nos metiéramos en problemas. Sacó de un bolso un cartel todo arrugado, lo pegó en la puerta de la van, tapando el nombre del hotel, y partió de regreso a su trabajo anunciando: "A Punta Cana".

Nos quedamos todo el día en la casa de Ramón. La señora Clara nos preparó unas comidas bien ricas, típicas de estos lugares pero que yo no conocía, porque en el hotel yo como lo que quiero, y al restorán de los cielos es al único que he ido y ahí sólo tienen papas fritas, pizzas, pollo, nachos y otras cosas al estilo de la comida chatarra. En la casa de Ramón no me dieron nada de eso: comí yuca, que es parecida a la papa, unos porotos negros guisados en forma exquisita, y bebimos agua de coco directamente del coco, bien helada, y yo lo encontré de lo más bacán. A mis amigos no les llamó la atención porque son dominicanos y siempre han comido estas cosas; es como si yo encontrara raro comer cazuela.

La señora Clara resultó ser súper simpática. Todo el día nos estaba ofreciendo cosas y hasta

nos dejó quedarnos en su dormitorio, encerrados para poder planear el modo de no ir al colegio, por lo menos hasta que investigáramos quién era el gorila blanco, si traficaba con animales, cómo los conseguía, y quizás cuántas cosas más que aún no teníamos idea. El ir a clase era muy peligroso ya que el policía estaba tras nosotros y, más encima, no nos dejaba tiempo para la investigación.

Como si fuera un día de los más normales, Ramón nos pasó a buscar a las cuatro de la tarde, dejó a mis amigos en sus casas y continuamos al hotel. El viaje lo hicimos sin música, porque Ramón se dedicó a interrogarme todo el camino:

—¿Mija, pol qué no quielen ir a clase? —me preguntó. Y como yo no sabía si le podía contar o no, mejor me quedé callada.

—¿En qué andan metidos? —continuó Ramón, y yo seguí sin contestarle.

—Pero mija, ¿cómo quielen que los ayude si no sé de qué se trata?

Ahora sí que le encontré razón: si él no sabía en qué lío estábamos metidos, no podría ayudarnos.

Le conté todo, desde cuando mis amigos encontraron a la Sole, la no asistencia a la academia de inglés ya por tercer día, la pelea con el gorila blanco y que ahora éste nos andaba buscando.

Ramón quedó con la boca abierta y movía la cabeza de un lado para otro, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Mija, usted le debe decir todo a su papi, que esto es muy feo. Esos hombres son peligrosos —me dijo, después de pensar un rato.

Pero yo le dije que no, y que si él decía algo, yo le tendría que contar a mi papá lo que hace él con la van. Se quedó callado y ni siquiera se despidió de mí cuando llegamos.

MIÉRCOLES 09 DE NOVIEMBRE

Ya tenemos todo el tiempo del mundo para nuestra investigación. Por suerte Ana no tiene problemas para faltar a clases porque su mamá se fue por un mes a la India a unos encuentros de conocimiento ancestral. No tengo idea de qué se trata; Ana tampoco sabe ni le interesa, ya que dice que su mamá siempre está yendo a cosas raras y, cuando vuelve lo hace vistiéndose completa de otro color y haciendo sahumerios para sanación personal. Cree que ya está un poco rayada con el tema. Me decía que le daba pena quedar sola con los empleados del servicio doméstico, aunque ahora le cayó estupendo porque puede faltar todo lo que quiera al colegio sin que nadie sepa.

Cecilia no se complicó nada la vida; contó que lo único que le dijo a su papá fue que no quería ir al colegio esta semana ya que estaba muy cansada, y cuando estaba esperando que la retaran por el resto de la vida por irresponsable, sólo le dijeron: “Perfecto, pero tú eres responsable de tus notas; si bajas tu rendimiento tendrás que pasar todas las vacaciones de Navidad estudiando, sin regalos y sin salir de la casa”. Yo creo que el papá esperaba que Cecilia prefiriera ir al colegio, pero ella aceptó la oferta.

Pancho y yo no teníamos ninguna posibilidad con los papás que nos tocaron, por lo que ideamos un plan bien pensado. Hoy llegamos al colegio con hartos temores, y por suerte no estaba la patrulla de policía en el estacionamiento, así que nos quedamos un poco más tranquilos. Más tarde, durante el primer recreo, echamos a andar nuestro plan: mientras todos los alumnos jugaban o daban vueltas por los jardines del campus, yo andaba sola tratando de encontrar algún inspector o profesor de turno, cuando justo vi a miss Clemencia, la profesora de arte, que es tan pesada y preocupada del orden. Le hice una seña a Pancho para que no se alejara mucho de mí, pero sin que nadie lo notara, y empezó la función. Yo me quedé parada haciéndome la niña buena, a la vez que

Pancho corría hacia mí pasándome a llevar con un empujón, mientras yo le gritaba:

—¡Ten cuidado, aprende a correr!

Miss Clemencia me escuchó y se quedó mirándonos desde lejos.

—¡Tú, po', ten cuidao, mejor te vas a caminar a tu país y nos dejas a nosotros tranquilos! —dijo Pancho bien fuerte.

Siguiendo con el show, me mandó otro empujón, y yo le lancé una patada, pero no muy fuerte, ya que el pobre Pancho todavía estaba adolorido por los machucones que le dejó el policía. Pero parece que igual le dolió porque pegó un grito súper fuerte y me mandó una cachetada. Me dio una rabia tan grande que no me di ni cuenta cuando le agarré los pantalones, con calzoncillos y todo, y se los bajé hasta los tobillos. Yo de lo único que me acuerdo es de las piernas flacuchas y la cara roja de Pancho, que se subió la ropa lo más rápido que pudo, mientras todos los compañeros de colegio que se juntaron a ver la pelea lo apuntaban con el dedo y entre carcajadas, de esas bien exageradas que no sabes si son de verdad o es que te están haciendo burla, le gritaban:

—¡Es niñita, es niñita!

Con todo el escándalo que se armó, llegó miss Clemencia, que de clemente no tiene nada,

acompañada de una inspectora, y nos llevaron derechito a la Dirección. Llamaron a nuestros papás para que vinieran inmediatamente al colegio y, mientras llegaban, nos dieron un discurso en inglés como de mil horas, que yo hacía como que entendía pero no tenía idea de lo que hablaban. Cuando ya habían terminado, Pancho les dijo en inglés que yo no entendía nada de ese idioma y nos repitieron la misma cancioncita sobre compañerismo y buenas costumbres, pero ahora en español.

Como Pancho ya estaba en el taller de etiqueta, le van a tomar una prueba para ver si ha aprendido algo, mientras que a mí me inscribieron en el mismo taller para que “aprendiera a comportarme como una señorita”. Pero todo eso una vez que regresáramos de la suspensión de dos semanas que nos dieron como castigo.

De camino al hotel en la van, sentada entre mi papá y mi mamá, me tocó contar con todo detalle la pelea que partió como un show pero que terminó en serio, aunque sin confesarles que al comienzo lo habíamos planeado todo. Cuando terminé de hablar, pensé que mis papás me iban a castigar encerrándome en mi dormitorio para siempre, pero ocurre que cuando espero que se enojen, se mueren de la risa. Así es que no me di-

jeron nada, sólo que a la academia de inglés tenía que seguir yendo y que, además, me debía conseguir los cuadernos y estudiar igual, porque no estaba de vacaciones.

Aunque ahora tenemos todo el día para investigar, y esto me debería tener contenta, no puedo estarlo. No sé con qué cara voy a mirar a Pancho mañana; tal vez él ya no quiera ser mi amigo por haberle bajado los pantalones delante de todo el colegio, y estoy casi segura de que ya perdí todas las posibilidades de gustarle. Eso me pone triste porque Pancho me gusta cada día un poquito más y, por actuar como niña chica, probablemente hasta le caiga mal. Tengo que pensar en algo para disculparme con él. Puede ser una carta o un regalo; mejor las dos cosas, pero lo pensaré mañana, ahora tengo mucho sueño.

JUEVES 10 DE NOVIEMBRE

Por suerte hoy me levanté más tarde y, como no tenía nada que hacer en el hotel, le pedí permiso a mi mamá para acompañar a Ramón a Higüey. Pensaba juntarme con mis amigos en la casa de Ana, como habíamos quedado ayer.

Lo primero que hicimos, para comenzar nuestra investigación, fue organizarnos. A Ra-



món, que ahora es nuestro cómplice, lo mandamos al cuartel de policía para que averiguara todo lo que pudiera del gorila blanco. Pero no le gustó mucho la idea de ir, porque tenía un montón de diligencias que hacer en la ciudad.

—M'hija, tengo que ir al correo a dejar las caltas, a la imprenta a recojer unos folletos, al banco y otras cosas más que ni me acuerdo —me dijo Ramón con cara de protesta. Pero los cuatro le rogamos que fuera porque no nos podíamos ni aparecer por el cuartel. El gorila blanco nos conocía, mientras que a él nunca lo había visto, así que cambiamos trabajos: nosotros dejábamos las cartas en el correo y él investigaba en el cuartel de policía.

Ramón nos dejó a dos cuadras del correo, desde donde continuamos caminando muy tranquilos, echamos las cartas en el buzón y, como no podíamos hacer mucho más hasta que nuestro cómplice nos diera por lo menos el verdadero nombre del gorila blanco, nos fuimos hasta un puesto donde vendían frío-frío, que es un jugo de frutas con harto hielo, y nos quedamos sentados descansando en unas bancas bajo un toldo mientras saboreábamos los jugos. Yo miraba re'entretenida a la gente de Higüey, que caminaba súper alegre, como bailando merengue; también

miraba los perros vagos y las motos-taxi, que las encuentro tan divertidas. De pronto, Cecilia nos dice bajito:

—Miren qué bigote tan horrible tiene ese hombre—. Se reía, disimulando.

Mientras Pancho y Ana se tragaban la risa, giramos la cabeza para mirarlo, y yo sentí que me faltaba el aire; le di un codazo a Cecilia, que se sentaba junto a mí.

—Ése es Buchú, el tipo con bigote de escobillon que estaba hablando con el policía.

Mis amigos no se rieron más, y hasta la sed se les quitó, porque para seguirlo dejaron los vasos a medio tomar en el suelo.

El bigotón Buchú caminaba lento, como si le costara mucho, y nosotros pudimos seguirlo de cerca, ya que no nos había visto en el cuartel de policía. Eso sí, teníamos cuidado de no llamar su atención y hablábamos de películas de cine o de cantantes, para no decir nada que nos delatara. El hombre caminaba apenas, limpiándose la transpiración con un pañuelo a cada rato, hasta que llegó a una calle diminuta plagada de tiendas y se detuvo frente a una que tenía un letrero que indicaba: El Chiringuito de doña Lupe. Miró desconfiado para todos lados y entró; nosotros seguimos de largo y doblamos en la esquina

que estaba una tienda más allá, esperamos unos segundos y asomamos las cabezas por el borde de la muralla. Casi inmediatamente vimos salir al bigotón Buchú del local con una bolsa negra, no muy grande, colgando de su mano. Pegó un silbido y, de la nada, apareció una moto destaralada conducida por un hombre tan negro, casi como un carbón para asados, vestido con una camisa roja con hartas flores verdes que parecía bandera flameando, porque la llevaba abierta. El hombre de bigote de escobillón se encaramó en la moto detrás del moreno, puso la bolsa entre sus piernas, le dijo un par de cosas al conductor al oído y partieron. Estábamos empezando a dar patadas de rabia en el suelo, ya que por mucho que seguimos al bigotón Buchú no habíamos podido averiguar nada y más encima se estaba escapando, cuando escuchamos una bocina. Miramos, y era nuestro cómplice Ramón en la van, quien se detuvo con cara de interrogación. No le hablamos nada, sino que nos subimos de soperón, mientras yo le decía lo que siempre había soñado decir:

—¡Rápido, sigue a esa moto!

Pero Ramón, mirándome serio, me preguntó:

—M'hija, ¿cuál de toa las motos sigo?

En la calle circulaban por lo menos veinte

motos, y la del tipo de camisa roja con flores verdes no se veía en ningún lugar.

—¡No importa, sigue derecho, pero bien rápido! —le grité, decepcionada.

Ramón manejaba lo más rápido que podía, esquivando los hoyos de la calle, los vendedores de caña de azúcar y las moto-taxi que se cruzaban a cada rato cargadas de gente, bolsas y hasta gallinas. Anduvimos unas cuatro cuadras y, cuando ya habíamos perdido las esperanzas de encontrar al bigotón, vimos flamear a poca distancia la camisa roja con flores verdes del motorista.

—¡Esa es la moto que tienes que seguir, Ramón! —le grité toda emocionada, indicando con el dedo para cualquier lado.

—¿Cuál de toas? —me preguntó nuevamente.

—La del tipo gordo que va detrás del chofer floripondio —le contesté.

Y nuestro cómplice, que resultó ser re'buen perseguidor, no lo perdió la vista, manteniéndose a una distancia prudente, como para que no nos notaran.

La moto-taxi recorrió media ciudad, desde el centro hasta la salida norte de Higüey, tomando los callejones estrechos y polvorientos perdidos en medio de casas viejas y maltratadas. De pronto, la moto se detuvo; su pasajero se bajó y le

entregó unos billetes al motorista floripondio. Ramón redujo la velocidad y nosotros miramos con toda la atención del mundo la casa en la que entró el bigotón Buchú. Pasamos lentamente de largo, teniendo la súper idea de anotar la dirección, para que no se nos fuera a olvidar.

—El policía se llama Alfonso Higuera —nos dijo Ramón en la casa de Ana, que ahora se había convertido en nuestro cuartel—. Y es el comisario del cuartel de policía centro sur de Higüey... Eso fue too lo que me dijeron —siguió informándonos.

Nos quedamos pensando qué hacer; sabíamos el nombre del gorila blanco, donde vivía o, por lo menos, donde se escondía el bigotón Buchú. Pero eso no nos ayudaba en nada a salir del lío y, como ya eran las seis y de nuevo me había fugado de la academia de inglés, preferí pedirle a Ramón que partiéramos al hotel en diez minutos más, porque antes tenía que hablar con Pancho, a quien le hice una seña indicándole la terraza.

—Pancho, te quería pedir disculpas por lo del pantalón —le dije con cara de arrepentida.

—Mmm —fue todo lo que contestó.

—De verdad no me di cuenta de lo que hacía, perdóname, te juro que nunca más te hago pasar una vergüenza.

—Está bien —me respondió con una sonrisa.

—¿Amigos? —le pregunté, estirando la mano.

—Amigos —me contestó y nos dimos un apretón de manos en señal de amistad.

Después me despedí de mis amigos y partí con Ramón rumbo al hotel. Apenas alcanzamos a recorrer media cuadra en la van, cuando me acordé de la bolsa que llevaba el bigotón Buchú. Estaba segura de que algo raro contenía y me entró la desesperación por saber qué era.

—Ramoncito, vamos a la casa del bigotón —le pedí, con cara de niña buena y rogona.

—¿Está loca, m'hija! ¿Cómo se le ocurre il a esta hora pa'llá?... ¿No ve que luego se hace de noche y no se ve un alma? —me contestó, sin ningún interés por ir.

—Por lo mismo, si es de noche nadie nos ve, y podemos investigar mejor.

Pero Ramón es tan porfiado, y parece que a veces ni siquiera le gusta ser espía o cómplice, porque se asusta hasta de la noche.

—¿Y qué le digo a su papi?

Me hizo una de esas preguntas tramposas que siempre logran que me arrepienta de lo que quiero hacer.

—Nada, no le decimos nada, porque es una mirada rápida; no pienso pasar toda la tarde en eso.

Pero él, dale con la tontera del peligro, que la hora, que la academia de inglés, y agregaba otras muchas cosas para que me arrepintiera.

—Ramón, acuérdate que me debes una.

Yo no quería decirle eso, pero resultó tan porfiado que no me quedó otra.

Dejamos la van metida en medio de una plantación chiquita de cañas de azúcar bien altas. Como ya estaba oscureciendo, aquélla casi no se veía.

Ramón y yo caminamos de lo más normales, como si fuéramos del lugar, pero no sirvió de mucho porque dos señoras asomaron sus cabezas por las ventanas de sus casas. Ramón dice que como soy rubia, me hago notar al tiro en un sector de negros, y parece que es verdad.

Llegamos a la casa en la que entró el bigotón Buchú; estaban todas las luces apagadas y no se veía ni un alma. Traté de abrir la puerta, pero estaba trancada, y por las ventanas tampoco se podía entrar, pues tenían unos barrotes gruesos como de cárcel. Nos dimos entonces una vuelta por el patio que estaba lleno de cajones, con los que nos tropezábamos a cada paso, sin poderles hacer el quite ya que no los veíamos. De repente choqué con un cajón más grande que me hizo una herida en la pierna. Me dolió tanto que tuve que agacharme para

sobármela. Estábamos en eso cuando escuchamos que se acercaba una moto. Nos quedamos quietos sin hacer ruido, rogando que pasara de largo, pero con tan mala suerte que la moto entró al patio y la luz de su foco por poco nos ilumina. El motor se detuvo, la luz se apagó, y escuchamos que alguien se bajaba de ella. Yo estaba muy asustada pensando en el bigotón Buchú, aunque me tranquilizaba recordar lo lento que andaba y contaba con que podíamos escapar corriendo. Luego escuché que alguien caminaba, después una puerta crujió y se encendió una luz dentro de la casa. Casi me morí cuando apareció la cara del gorila blanco, como si fuera un fantasma.

—¿Dónde le dejo el lagalto, helmano?

Sí, era el gorila.

—En la jaula del rincón —contestó el bigotón, que ahora se podía ver.

El gorila abrió una caja de cartón y sacó un pobre lagartito verde, el que metió en una jaula mugrosa que estaba a la entrada, donde la dejó para dirigirse enseguida a la casa.

Yo salí de mi escondite y tomé la jaula con mucho cuidado, mientras miraba por la ventana hacia el interior de la casa. El par de hombres se había sentado a la mesa, con una botella de ron al frente.

—Vámonos, Ramón —le dije despacito a mi cómplice, tironeándole un brazo.

Gracias a la luz que salía por la ventana podíamos ver la basura y los cajones regados por todo el patio, lo que nos permitió esquivarlos sin hacer ruido. Cuando ya estuvimos en la calle, comenzamos a correr hasta que llegamos a la van y partimos al hotel con el lagartito guagua que, de seguro, se lo habían arrebatado a su madre.

Mi papá estaba muy enojado con Ramón pues llegamos al hotel como a las nueve de la noche. Sin esperar siquiera que bajáramos de la van, lo empezó a retar ahí mismo, y mi cómplice agachó la cabeza sin decir nada. Yo escondí al lagartito debajo de mi polera y, como se agarraba de mi guata con sus uñas largas y filudas, me dejé toda rasguñada y adolorida. Pero aguanté haciéndome la valiente.

—Papá, lo que pasó es que... —no se me ocurría qué decir— nos quedamos en panne... Se pinchó un neumático —agregué, con cara de convencida—. Y más encima había un taco súper grande.

No sé si mi papá me creyó; puso cara de enojado y no dijo nada, sólo miró a Ramón, abrió la puerta de la van, me agarró de una mano y me llevó al departamento. Cuando entramos, mi mamá

estaba llorando a moco tendido, con el teléfono en la mano. Al verme, lo tiró lejos y corrió hacia mí, dándome besos y abrazos, mientras repetía: “Gracias a Dios que apareciste, Ema”. Yo la abracé también, pero con un solo brazo porque con el otro afirmaba al lagartito, que todavía estaba agarrado a mi guata. Menos mal que mi mamá es mucho más grande que yo, y quedaba colgando de su cuello, de otro modo seguro que con tanto abrazo apretuja al lagartito y capaz que hasta lo hubiese muerto.

Nota: Espero que Pancho me haya perdonado de corazón, ya que si no le gusto, por lo menos podemos ser amigos.

Otra nota: A la Sole no le agradó el lagartito, porque le empezó a hacer ruidos raros y el pobrecito no sabía dónde esconderse.

VIERNES 11 DE NOVIEMBRE

Esto es terrible, muy terrible; ahora sí que estamos perdidos. Hoy me levanté súper temprano porque tenía que ir a la cyber-sala del hotel para averiguar en internet qué comen los lagartitos guaguas. Lo único que sabía era que no tomaban leche, porque son reptiles y parece que comen carne. Como no estaba segura, fui a tomar

desayuno con mis papás al comedor del departamento para investigar después sobre los lagartos. Cuando estaba en lo mejor, comiéndome una tostada con harta mantequilla, que me preparó mi mamá, sonó el celular de mi papá, quien se paró de la mesa y fue a hablar al lado de una ventana. Después de colgar, volvió a sentarse.

—Me está esperando el comisario de policía —nos dijo, con cara de paciencia.

—¿Por qué? —le pregunté, muerta de susto pero tratando de disimular.

—¿Por qué?... Niñita, como ayer no llegaban nunca tuvimos que llamar a la policía de Higüey para dar aviso —me contestó medio enojado. Yo creo que se acordó de todo el susto que le hicimos pasar.

—¿Y les dijiste que yo estaba perdida y que era tu hija? —le seguí preguntando, con pánico.

—¡Ema! Sí, les dije que mi hija Ema Schulz no había llegado a casa.

Ahora sí que se había enojado con mis preguntas.

—¿Y les dijiste dónde vivíamos?

Papá no me contesto nada, sólo se paró y se fue. Mientras se dirigía hacia la recepción del hotel, yo lo seguí sin que me viera. Allí, parado con su uniforme azul, se encontraba el gorila blanco

mirando hacia todos lados. Mi papá se acercó, le dio la mano, y vi que le indicaba la escalera que subía a su oficina. Yo me apuré y me fui soplada por detrás hacia las escaleras de emergencia, que subí corriendo hasta llegar a la oficina de mi papá. Por suerte la secretaria no estaba y pude entrar antes que ellos. Me escondí en el baño, con la puerta entreabierta, para poder ver y escuchar lo que pasaba.

—Adelante, don Alfonso —escuché la voz de mi papá—. Tome asiento.

El gorila se sentó.

—De veldá, señol, me alegro que apareciera su hija. A mí me informaron en la noche que había una niña extranjera peldida. Me preocupé mucho y quise saber en persona de su situación —dijo el gorila, con cara de cínico.

—Comisario Higuera, no se imagina cómo le agradezco su preocupación. Da gusto encontrarse con policías tan dedicados como usted. Gracias a Dios, no fue nada, sólo un retraso —dijo mi papá, que ni se imaginaba que lo único que el gorila quería saber era dónde vivía yo.

—¿Esa es su hija? —le preguntó el gorila, apuntando con un dedo a una foto mía que mi papá tiene en la muralla.

—Sí, ella es Ema.

El gorila se quedó mirando fijo la foto, como para que nunca más se le olvidara mi cara. Después se paró, se despidió y se fue.

Yo no sabía qué hacer. Tenía que ir a Higüey con Ramón, pero antes también tenía que dejarle comida a Tito, que es el nombre que le puse al lagartito, así que pensé súper rápido. Y apenas mi papá salió de su oficina, pude irme corriendo hasta el restorán principal, donde les sirven el desayuno a los turistas. Entré soplada a la cocina y me puse a escarbar en el refrigerador de las carnes. Un cocinero me quedó mirando con cara de ¿quién es ésta?, pero yo le dije: “Soy Ema de Chile (porque siempre nombran a los turistas por el país del que vienen), hija del gerente”. Agarré un bistec y salí corriendo a dejárselo a Tito, que estaba escondido en mi cuarto de baño junto con la Sole, pero en la jaula mugrosa, que iba a tener que lavar a mi vuelta.

Yo tenía todas las ganas del mundo de acompañar a Ramón a Higüey, pero mis papás no me dejaron. Me dijeron que debido al susto de ayer era mejor que me quedara en el hotel a descansar. Les supliqué que por favor me dejaran ir por lo menos a la academia de inglés, para no estar tan perdida cuando volviera al colegio, pero no los pude convencer con nada. Como mi mamá me



vio tan triste, me dijo que si quería podía invitar al hotel a mis amigos por el fin de semana.

DOMINGO 12 DE NOVIEMBRE

A mis amigos les encanta venir al hotel, ya que a cada rato me dicen que tengo tanta suerte de poder vivir en un lugar que parece un paraíso de ésos que salen dibujados en los libros de religión, pero en moderno. Yo sé que les gusta, porque por mucho que sean dominicanos, en Higüey no tienen playa y una piscina no tiene comparación con la diversión en las olas.

El viernes en la noche mis amigos y yo fuimos a una fiesta que había en la playa del hotel. Era todo súper lindo; en la arena clavaron unas antorchas para iluminar el lugar, había un escenario con orquesta de merengue y hartas mesitas con sillas para que los huéspedes pudieran sentarse a descansar de lo mucho que iban a bailar, creo yo.

Cuando supe de la fiesta, me entusiasmé al momento, les conté a mis amigos y quedaron felices de ir. Así que Ana, Cecilia y yo nos encerramos en mi dormitorio y nos pusimos a buscar qué ropa podíamos ponernos para estar lindas; mientras tanto Pancho fue a la cyber-sala para navegar por internet.

En la fiesta, los huéspedes bailaban y se morían de la risa con las bromas que se hacían, y que yo no entendía porque hablaban en cualquier idioma, menos en español. Los camareros nos ofrecían bebidas, piñas coladas y jugos de frutas tropicales, mientras mis amigos disfrutaban, pues nunca antes habían estado en una fiesta de playa. Me hicieron prometerles que los invitaría de nuevo al hotel.

La orquesta tocaba merengues. Un señor negro, de camisa bien floreada, le pegaba con las dos manos con entusiasmo a la tambora, otro músico con la misma camisa y sombrero blanco rasqueteaba la güira, que la encuentro igualita al aparato que usa mi mamá para rallar zanahorias, mientras un negro viejito seguía el ritmo con el pie haciendo sonar el acordeón. Todos cantaban alegres.

Me dio mucha rabia cuando vi que hasta los huéspedes sabían bailar merengue, todos menos yo.

—¿Por qué hasta los turistas saben bailar merengue? —le pregunté a la camarera que se acercó para servirnos unos nachos que habíamos pedido.

—Ja ja ja..., señorita, ¿no sabe que todos los días damos clases de merengue? —me contestó riendo.

—¿En serio?

Yo no podía creer que no supiera de esas clases.

—Sí —me dijo, y se fue feliz a atender a otras mesas.

Estaba muy tranquila mirando como todos bailaban, cuando de pronto se paró Pancho de la mesa y sacó a bailar a Cecilia, quien al tiro dijo que bueno. En ese momento sí que me dio rabia por descuidar tanto el merengue; me di cuenta de que ellos bailaban como expertos, y que si yo no aprendo a hacerlo igual, nunca le voy a gustar a Pancho. Así que juré inscribirme al día siguiente en esas clases.

El sábado mis amigos se levantaron súper temprano y andaban igual que los huéspedes, de restorán en restorán, en el casino, en las piscinas, o en el bar de la playa. Yo me sentía contenta porque veía que lo estaban pasando súper bien, pero no los pude acompañar porque no me quedó tiempo, ya que me inscribí en todas las clases de merengue del día, que eran cinco en total. No me importó mucho quedarme sin jugar o sin ir a la playa, porque, como fuera, en la noche tenía que llegar bailando merengue mejor que una dominicana.

Por fortuna hoy mis papás me dieron permiso para ir con Ramón a Higüey, ya que debía juntarme a las dos de la tarde con mis amigos en la casa de Ana. Como salimos en la mañana del hotel, mi cómplice propuso que me quedara en su casa mientras esperaba la hora de la reunión. Así no me aburriría tanto, me dijo, acompañándolo en sus diligencias por todo el centro de la ciudad. Yo acepté, pero como el hijo de Ramón estaba en el colegio yo no tenía con quién jugar o, por lo menos, hablar, por lo que no me quedó otra alternativa mejor que entretenerme viendo tele. La programación me estaba empezando a aburrir, pero por suerte la señora Clara se dio cuenta y me llevó un frío-frío al living, y nos pusimos a conversar hartito rato.

—¿Pol qué le gusta tanto venir a Higüey, niña, si allá en el hotel todo es má lindo? —me preguntó la señora de Ramón, mientras se sentaba a mi lado.

—No sé, me gusta —le contesté, sin saber si le podía contar lo de la investigación.

—Pero, ¿cómo le va a gustar má estal metida aquí, donde hay pura necesidá? —me siguió preguntando, bien insistente.

—¿Por qué aquí la gente es tan pobre? —le pregunté a mi vez, para cambiar el tema.

—En toas paltas hay gente poble, niña, ¿o es que en su país no hay pobles?

Yo me empecé a acordar de Chile, de mi casa grande y linda en el campo, cerca de Santiago, y de las poblaciones que sólo veía cuando íbamos al aeropuerto de Pudahuel.

—Sí, hay pobres, pero yo creo que aquí deben haber más —le contesté, después de pensar un poco.

—Ve, niña, en toas paltas la vida es difícil pa' algunos —dijo la señora Clara, mientras yo seguía pensando y acordándome de Chile.

—En Dominicana, las personas tienen que hacer de too pa poder ganar dinero —y mientras decía eso, me acordé del gorila blanco.

—Pero hacen cosas que no deberían hacer, que están mal —le contesté, acordándome de la pobre Sole y del Tito.

—¿Usted lo dice porque Ramón a veces lleva gente en la van, niña? — me preguntó, con un poco de susto.

—No, yo lo digo porque sé de un señor que está traficando animales en peligro de extinción, y los pobres sufren, los maltratan —le dije, algo molesta de sólo acordarme del lagartito y la Sole.

—Las personas hacen cualquier cosa por tener una mejor vida, niña. A veces encuentran un animalito que se vende bien pa' mascota en lo Estao Unío, otra vez encuentra un animalito y se lo come pa' no pasar hambre —me dijo, con cara de pena.

—Pero eso no está bien —insistí.

—¿Usted iría conmigo pa' que le muestre algo?

Yo asentí con la cabeza.

La señora Clara y yo salimos a la calle, caminamos hasta una esquina y tomamos un furgón destartalado y sin ventanas que hacía de microbús. Viajamos calladas hasta las afueras de la ciudad, en donde parecía que ya no quedaban más casas, y nos bajamos. El furgón dio la vuelta y regresó por el mismo camino que llegamos.

Cruzamos un puente viejo, a punto de caer sobre un arroyo, y pasamos por entre árboles tupidos y arbustos frondosos hasta llegar a un conjunto de casas hechas de cartones, latas y paños podridos. Yo miraba de reojo a la gente que cocinaba en fogones con unos tarros que usaban como ollas, a los niños flacos en calzoncillos, a las mujeres que sonreían casi sin dientes, y a los ancianos sentados en cajones o piedras con la mirada perdida. Todos eran negros y estaban sucios.

En el aire húmedo se sentía un olor mezcla de humo y alcantarilla.

Una niña de unos cinco años se me acercó, con sus ojos fijos en mi cabeza. Yo me agaché y le sonreí, ella también me sonrió y estiró una mano para tomar mi pelo; lo miraba sorprendida, porque no era crespo ni negro, como el de ella.

Nos quedamos apenas un rato y volvimos hasta el camino principal, para regresar a la casa de Ramón. Yo no decía nada.

—Ve, niña, que si estas personas encuentran un animalito y lo pueden vender para comprar comida, está bien que lo hagan.

Yo me sentí ridícula por andar a la siga del gorila blanco y preocupada de los animales, después de ver a esas personas viviendo en medio de la mugre.

Cuando llegamos a la casa de la señora Clara, me dio mucha pena lo que había visto; me acordaba de toda la comida que había en los restaurantes del hotel y de las veces que vi cómo botaban lo que sobraba. Me imaginé lo felices que serían esas personas pobres, si en lugar de lanzar todo ese alimento a la basura se lo lleváramos de regalo. Me acordé de los turistas que no ven nada de esto, ni la ciudad ni a los dominicanos, porque los hoteles les dan tantas comodidades, diversiones

y lujos que no necesitan salir de ellos. Pasaban tantas cosas por mi mente, que ya no estaba segura si quería seguir con lo del tráfico de animales. Entonces me fui al patio, me senté bajo un árbol y me puse a escribir en mi diario lo que acabo de escribir.

(En la tarde, con mis amigos)

Llegué bastante desanimada a juntarme con mis amigos en casa de Ana. Todo lo que había hablado y visto con la señora Clara todavía me daba vueltas en la cabeza.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Pancho. Tan lindo, siempre preocupado de los demás.

—Nada —le contesté y seguí metida en mis pensamientos, sin hacer caso de las cosas que haríamos ese día para la investigación.

—Algo te pasa —insistió Pancho.

Yo le hablé a los tres:

—Les cuento: hoy en la mañana me quedé en casa de Ramón y con la señora Clara fuimos a no sé qué lugar, lejos del centro de la ciudad, donde había casas muy pobres y personas que daban pena.

—Y eso ¿qué tiene que ver con los planes de la investigación? —me preguntó Cecilia, mirándome fijo con sus ojos verdes.

—Mucho. Si esas personas que no tienen qué comer encuentran un solenodonte, o un lagarto, o lo que sea, y lo pueden vender o cocinar, por mucho que esté en peligro de extinción, ¿qué es más importante, un animal o las personas?

Mis amigos me quedaron mirando.

—Ema, es verdad lo que dices. En Dominicana hay mucha gente pobre que apenas vive, pero el gorila blanco no se ve pobre, no recolecta animales para comer, él los vende y muy caro —dijo Ana, con ese tono de niña inteligente que todo lo sabe.

—¿Ya no quieres seguir con nosotros, Ema? —me preguntó Pancho.

—Ema, acuérdate de que el gorila blanco nos quería hacer daño y que nos está siguiendo —agregó Ana, antes de que yo pudiera contestarle a Pancho.

—Y para peor, es policía. No puede haber un policía que haga cosas ilegales, tenemos que denunciarlo —siguió Cecilia, tratando de convencerme.

Me quedé un rato pensando en lo que me dijeron; en la Sole, en el gorila blanco, en el bigotón y en las casas pobres.

—Está bien, cuenten conmigo.

Mis amigos se pusieron felices.



—Pero cuando terminemos con esto tienen que ayudarme a hacer algo por esas personas que vi hoy.

Tras jurar los cuatro que auxiliaríamos a los pobres, nos quedamos toda la tarde en casa de Ana, planeando cada una de las cosas que deberíamos hacer para atrapar al gorila blanco con las manos en la masa y poder, así, denunciarlo a otro policía. El único problema era que no sabíamos a quién.

JUEVES 16 DE NOVIEMBRE

No me ha quedado tiempo para escribir porque en estos días han pasado demasiadas cosas. Con mis amigos nos hemos juntado todos los días; por suerte mi mamá se encuentra tan ocupada tratando de educar al Nico (que está hecho un niño desordenadísimo), que no le ha quedado tiempo para vigilarme.

Mi papá ha trabajado más que nunca. Punta Cana es una zona llena de hoteles y todos compiten por ser el mejor, el más elegante, con más actividades y los mejores precios. Él tampoco me ha prestado mucha atención y he podido salir todos los días con Ramón, sin problemas.

Como la mamá de Ana sigue en la India, la

Sole y el Tito están guardados en su casa, ya que el martes por poco me descubren los animales pues a mi mamá se le ocurrió entrar a mi dormitorio para ver si tenía todo ordenado, pese a que tengo puesto un cartel en el cuarto de baño que dice:

Prohibido entrar, baño privado. Si trae toallas, déjelas sobre la cama. Si quiere limpiar, no se preocupe, yo lo haré por usted.

El cartel me funcionó con las camareras del hotel, que son las mismas que limpian el departamento donde nosotros vivimos, pero no con mi mamá; ella llega y se mete por todos lados. Ese día me salvé por poco: ella estaba con la mano en la cerradura de la puerta justo cuando yo entré. Casi me dio un ataque y tuve que inventar que quería ir urgente al baño para que me dejara pasar y se fuera.

Después del susto saqué del departamento las dos jaulas bien escondidas y le pedí a Ramón que nos fuera a dejar a la casa de Ana en Higüey. Dejamos a la Sole y al Tito en la bodega de la casa de Ana con harta agua y comida, nos pusimos unas ropas viejas y estropeadas que consiguió Cecilia (yo me puse jeans, polera de manga larga y un sombrero de género, en donde escondí mi pelo para que no llamara la atención). Nos armamos

de una cámara fotográfica y de una grabadora.

Cuando estuvimos listos, Ramón nos llevó hasta la plaza Los Naranjos, en las afueras de Higüey, donde comenzaríamos a armar el rompecabezas que se nos formó con el bigotón Buchú y el gorila blanco, que en realidad se llama Alfonso Higuera. Mis amigos estaban seguros de que ese lugar debía tener la clave, porque en esa plaza hallaron a la Sole, y también fue ahí donde quedaron de encontrarse el gorila blanco y el bigotón Buchú.

Dimos varias vueltas por el lugar, sin conseguir ver otra cosa que palmeras, prados, flores, el monumento de Juan Pablo Duarte, tras el cual Ana, Pancho y Cecilia se escondieron el día de la persecución de la patrulla policial al hombre en moto, cuando recogieron a la Sole. Llevábamos como una hora soportando el calor y yo sentía que el jeans y la polera se pegaban a mi piel por la transpiración. Cuando ya estábamos pensando en ir a los alrededores del cuartel de policía por si podíamos ver algo extraño, apareció un muchacho negro de unos dieciséis años con una caja de cartón entre las manos. Miraba hacia todos lados, como si buscara a alguien, mientras nosotros seguíamos caminando descuidados, para no parecer sospechosos, hasta llegar a un

escaño, donde nos sentamos. Ana sacó su cámara y comenzó a tomar fotos del lugar, como si fuera una turista, y aprovechando un descuido del joven de la caja de cartón, lo fotografió sin que se diera cuenta.

Continuamos hablando de cualquier cosa, sin perder de vista a nuestro sospechoso. De pronto se acercó una moto y, con temor, nos dimos cuenta de que fue el bigotón Buchú quien se bajó de ella una vez que se detuvo. Ana, que seguía sacando fotos en su papel de turista, con un movimiento rápido disparó nuevamente la cámara, justo cuando los hombres se saludaban con una inclinación de cabeza. Así, seguimos hablando y alejándonos lentamente hasta ponernos detrás del monumento de Juan Pablo Duarte, para apenas asomar las cabezas y vigilar desde la distancia.

El joven abrió la caja de cartón y le mostró su contenido al bigotón Buchú, quien la miró y casi al instante se metió la mano a un bolsillo para entregarle unos billetes. Se dijeron un par de cosas, que no pudimos escuchar, se despidieron, y cada uno siguió su camino.

Nosotros no queríamos separarnos, pero no tuvimos alternativa, así que Pancho y Cecilia se fueron tras el joven, mientras que Ana y yo hicimos parar una moto-taxi y le pedimos que siguie-

ra con mucho cuidado al bigotón. Al comienzo el conductor nos miró con cara de no querer aceptar lo que le pedíamos y, si lo pienso, éramos dos niñas con ropas horribles pidiendo cosas extrañas.

—¡Señor, queremos que siga a esa moto! —dijo Ana, indicando con el dedo al bigotón Buchú.

—¿A onde lo sigo? —preguntó el conductor.

—A todos los lugares donde vaya.

A Ana le encantaba dar órdenes.

—Pero, niña, ¿usted tiene dinero pa' pagar? —le preguntó el hombre, con pocas ganas de hacer lo que Ana le pedía.

—Mi amiga es de Miami, tiene dólares —le contestó Ana, indicándome, mientras yo me sacaba el sombrero para que viera mi pelo rubio y le sonreía.

En cuanto Ana mencionó la palabra dólares, el conductor estuvo dispuesto a seguir a quien fuera y al lugar que fuera. El único problema era que yo ni siquiera tenía pesos dominicanos.

El bigotón Buchú avanzaba lento por las calles de Higüey en dirección al oeste, y cuando llevábamos apenas unas cuatro cuadras, se detuvo frente a la basílica de la Alta Gracia (una iglesia enorme en donde hacen procesiones en enero, me contó Ana). Se bajó de la moto y siguió por el largo camino que hay desde la calle hasta las

puertas del templo. Nosotras nos quedamos arriba de la moto-taxi, porque si salía rápido teníamos que estar preparadas para partir de inmediato. Al llegar a la entrada principal, y en apenas un segundo, el bigotón Buchú le entregó la caja a una mujer, sin dejar de caminar. En ese momento no supimos qué hacer, si seguir al bigotón o a la mujer. Decidimos que la caja era el misterio.

El bigotón se perdió entre la gente que entraba con velas y flores a la basílica. La mujer caminó rápido hasta la calle y se subió a un auto chico y viejo, que alguna vez fue amarillo, de esos mini que casi no se ven en Chile. Puso la caja en el asiento del copiloto y partió, mientras nosotras reanudábamos la persecución. Yo pensaba que el seguimiento iba a ser eterno, porque la mujer en su mini amarillo se metía por calles chicas, luego salía a otras más grandes que ni siquiera Ana, que ha vivido toda su vida en Higüey, sabía que existían. Cuando de pronto las casas terminaron, apareció una carretera y, al poco andar, un cruce, desde el que partía un camino de pavimento destruido y solitario. La mujer continuó por él, pero nadie más andaba por el lugar, y si la seguíamos en moto-taxi por esa calle, la mujer se daría cuenta. Le pedimos al motorista que nos dejara en el cruce de la ca-

rretera, mientras Ana sacaba de un bolsillo unos dólares todos arrugados.

—¿Qué hay en ese camino? —le preguntó Ana al conductor, antes de entregarle el billete.

—Naa, sólo la cárcel vieja de Higüey —contestó el hombre, estirando la mano para recibir el billete de veinte dólares.

—Tengo otro —le dijo Ana—. Si nos espera un rato para que nos lleve de vuelta al centro, se lo doy.

—Aquí las espero —respondió el hombre.

Caminamos por la calle toda destruida hasta que divisamos el mini amarillo de la mujer estacionado junto a un patrulla policial, cerca de un enorme edificio que casi se caía, y seguimos nuestra marcha para poder ver más de cerca.

—¿De dónde sacaste esos dólares? —le pregunté a Ana.

—Hace tiempo los tomé de la mesita de noche de mi mamá, que siempre deja los dólares que le sobran de los viajes y después ni se acuerda de ellos —me contestó.

—¿Y dónde aprendiste a negociar con los chóferes de moto-taxi?

—Que sirva para algo ver tele —me contestó, y las dos nos pusimos reír.

Nos acercamos cuidadosamente, escondién-

donos entre los matorrales que crecían como selva alrededor de la vieja cárcel. El edificio era grande, de gruesas murallas descoloridas, con ventanas que eran apenas unos agujeros con barrotes oxidados. La puerta principal estaba hecha de lata gruesa, con una gran cerradura que encontramos abierta. Entramos con cuidado, sin hacer ruido. Adentro, la humedad era insoportable, la luz de la tarde se filtraba por los hoyos del techo casi ya sin tejas. Nos detuvimos por un momento en el corredor, desde donde podíamos ver una galería central con una caseta de vigilancia rodeada por un montón de puertas minúsculas. Al final de la galería nacía una escalera que subía tres pisos, que daban a una especie de balcón con vista descubierta a la caseta de vigilancia. No sabíamos si seguir avanzando o salir arrancando de la cárcel, cuando escuchamos la voz del gorila blanco que discutía con alguien. Gritaba molesto y daba golpes sobre algo duro que retumbaban como truenos en el edificio vacío.

—Tengo que tener veinte calgas, Rosa ¿y cuántas hay? ¡Quince!

El hombre se preguntaba y respondía solo.

—¡El inútil de Buchú perdió el lagalto, y usted me dice que ahola me trae un ratón del demonio, pero está mueltooo! —seguía gritando.

Ana sacó la cámara y fotografió el lugar, luego echó a andar la grabadora y se la colgó del cuello.

—Vamos —me dijo, agarrándome de una mano.

La voz del gorila blanco se oía venir desde una de las celdas del segundo piso, y aprovechando todo el ruido que hacía, caminamos hasta la primera puerta. Asomamos la cabeza y vimos un solenodonte parecido a la Sole, flaco y herido en una pata, sin comida ni agua, tendido sobre unas hojas de periódico esparcidas por el suelo. El animalito nos miró con ojos de pena, como pidiendo ayuda, y estuve a punto de tomarlo, pero no pude porque Ana me volvió a tirar de la mano para que avanzáramos hasta la celda siguiente. En ésta encontramos un lagarto, más allá unos monos moribundos, después unas tortugas. Todos los animales se veían maltratados y parecían hambrientos.

—Tenemos que sacarlos de aquí —le supliqué a Ana, en un murmullo.

—¿Estás loca, qué haríamos con ellos? No nos podemos llevar a todos los animales —me contestó, y siguió tomando fotografías.

Estábamos tan concentradas mirando el interior de cada celda que servía de jaula, que no nos dimos cuenta en qué momento cesó la voz del



gorila blanco; sólo sentimos tras nosotras unos pasos fuertes, que hacían eco en la galería. Giramos las cabezas y nos encontramos con la mirada llena de odio del gorila blanco.

– ¡Aahh! –pegamos un grito descontrolado.

–¡Salgamos! –gritó Ana y corrimos hasta la puerta de entrada, que se cerró con un golpe estruendoso antes de que pudiéramos alcanzarla.

La mujer del mini, una mulata grande y fortachona, nos cerró el paso. Miramos desesperadas hacia todos lados y, como si estuviéramos de acuerdo, corrimos al mismo tiempo hacia un pasillo mugriento y oscuro que se veía al costado derecho de la entrada. Yo estaba agotada; la humedad del lugar y el olor a podrido no me dejaban respirar, pero tampoco podíamos detenernos y no se divisaba ningún lugar donde escondernos, mientras escuchábamos cada vez más cerca los golpes de los zapatos del gorila y de la mujer contra las piedras del piso.

–Métete ahí –me ordenó Ana, mostrándome un agujero en la muralla.

Ambas nos quedamos agachadas en el orificio diminuto, rogando que no nos vieran, suerte que no tuvimos porque sentimos las tremendas manos del gorila blanco agarrándonos por las

piernas y sacándonos con toda su fuerza de nuestro escondite.

Nos encerraron en una celda en el tercer piso, igual que al resto de los animales, sólo con unas hojas de periódico en el suelo.

–¿Qué hacemos con ellas? –escuchamos decir a la mujer.

–Naa, no soy un criminal. Las dejamos encerraas y punto – dictaminó el gorila blanco.

–Pero nos van a delatal. –La mujer se escuchaba asustada.

–Rosa, nosotros nos lalgamos mañana, junto con el embalque. Pa'cuando hablen, si es que hablan, no vamo a estal ni celca. –El gorila blanco se oía más seguro.

–Pero Buchú se quea –dijo la mujer del mini.

–Y que me impolta el Buchú, igual tenemo que escapal, Rosa. En el cuartel ya me tienen vigilao; llegó un mayol de Santo Domingo que no me deja en pa preguntando cosa too el día. Este Buchú salió muy tolpe. Sabía que lo estaban investigando, pero igual iba pa'el cuartel con todo y melcancia.

–No me gustan naa estas carajas –dijo molesta la mujer.

–¿Y usted cree que a mí me gustan? La niña

de color es hija de un diplomático y la blanca es extranjera. No le podemos hacer nada, la melancolía es una cosa, desaparece a alguien y otra. De la primera, si nos pillan poemita limpio, de la segunda son por lo menos diez años.

Con lo que dijo el gorila blanco nos quedó claro que sabía todo sobre nosotras.

—¿Y si se escapan? —preguntó la mujer.

—Usted está loca, Rosa. ¿Que no se acuerda que esto es una cárcel? —le contestó—. Lo que usted tiene que hacer es prepararme la melancolía para que esté lista mañana a la doce en punto, cuando pase a recogerme el hermano del camión.

La grabadora de Ana seguía funcionando colgada de su cuello, sin que el gorila blanco ni la mujer se dieran cuenta de que la tenía porque era de esas digitales, tan minúscula que apenas se notaba. La cámara, afortunadamente, tampoco la habían visto, ya que era de esas delgaditas y Ana la tenía dentro de uno de sus bolsillos del pantalón.

Estaba comenzando a oscurecer y nosotras no podíamos hacer nada, las tripas me erujían de hambre y la boca la sentía seca. Sentadas en el suelo sólo atinábamos a mirarnos, ya que no teníamos posibilidades de que nos encontraran, por mucho que mi papá me buscara. Sólo el chofer de

la moto-taxi sabía donde estábamos, pero él ni siquiera conocía nuestros nombres y lo más probable era que después de tantas horas de espera ya no estuviera en el cruce.

El gorila blanco se había ido, dejando a la mulata del mini encargada de vigilarnos, echada sobre el piso frente a la puerta de la celda. Al comienzo escuchábamos que tarareaba unas canciones, luego llamó por celular a alguien, después sólo oímos sus ronquidos y su eco en el edificio, más los ruidos que hacían los animales en el primer piso.

—Mira al techo —me dijo Ana, despacito.

—Qué lindas se ven las estrellas —le contesté, casi llorando de pena y de hambre de sólo pensar en la comida del hotel y en mi mamá, que a esas alturas ya debía estar llamando hasta a la embajada de Chile en Dominicana.

—Si serás, Ema —dijo impaciente Ana—, hay un hoyo, faltan tejas; estos dos son bien brutos, no se dieron cuenta.

Desde el techo de la celda se filtraba la luz de la luna, abriéndose paso entre las tejas quebradas. Examiné los muros, que eran de ladrillo y que también estaban medios molidos debido a la humedad. Nos quedamos un rato en silencio; seguíamos escuchando los ronquidos de la

mulata del mini. Después de unos minutos Ana me ordenó que me agachara y se subió sobre mi espalda, para luego comenzar a escalar el muro hasta llegar al techo. Corrió unas cuantas tejas, pero una de ellas cayó dentro de la celda haciendo un gran ruido. Ana se lanzó al piso y se sentó rápidamente junto a mí, al tiempo que los animales, asustados, comenzaron a hacer un gran escándalo. Los monos chillaban y los solenodontes dejaban escuchar esos típicos ruidos parecidos a los de los chanchos que, con el silencio de la noche y el eco del lugar se hacían insoportables.

La mujer asomó la cabeza por la puerta de nuestra celda y después bajó a ver a los animales.

— Escapemos ahora —le dije a Ana.

—No, tenemos que esperar que la mujer vuelva a dormirse —me contestó, y seguimos sentadas en el suelo.

Nuevamente Rosa se acomodó en el mismo lugar y se durmió casi enseguida; sus ronquidos volvieron a hacer eco en la cárcel. Ana volvió a trepar, primero por mi espalda y luego por la muralla, movió más tejas en el techo, hasta lograr hacer un agujero lo suficientemente grande como para que pudiéramos pasar, siguió trepando y comenzó a salir de la celda. Cuando ya no la vi,

me lancé a trepar también por el muro, lo que me resultaba fácil porque en Chile siempre me gustaba ir a esos muros de escalada que hay en los malls, donde podía pasar horas con mis amigos subiendo y bajando, y siempre llegando primero que ellos.

Caminamos por el techo con mucho cuidado, ya que las tejas estaban inservibles y crujían con cada paso que dábamos. Nos faltaba muy poco para llegar hasta un árbol inmenso, cuyas ramas pesadas se apoyaban sobre el techo, cuando sin darme cuenta pisé una teja que cayó hacia el interior del edificio. Los animales comenzaron nuevamente a gritar asustados. No hicimos caso de los ruidos y bajamos por el árbol lo más rápido que pudimos.

—¡Carajos!, ¿dónde están?

La mujer, desesperada, azotaba las puertas y daba golpes descontrolados.

Ya en el suelo, teníamos tanto miedo de encontrarnos en cualquier momento con la mujer, que no estábamos seguras si seguir caminando o quedarnos para siempre ocultas entre las ramas llenas de bichos de los arbustos. Sin decir nada, decidimos seguir nuestra marcha. Cuando faltaban apenas unos pocos pasos para llegar hasta la entrada de la cárcel, el silencio de la noche se

rompió con el rechinar de la puerta principal, escuchamos unos pasos sordos y vimos una mancha oscura que avanzaba. De pronto, se encendió una linterna que comenzó a apuntar con su haz de luz hacia todos lados, hasta que en un momento quedamos cegadas por el resplandor.

—¡Corre, Ana! —grité, mientras la tiraba de un brazo.

Esquivamos a la mujer con un empujón, pasamos junto al auto estacionado en la salida de la cárcel y corrimos lo más rápido que nuestras piernas soportaron, intentando llegar a la carretera, la que identificamos sólo por las luces de los autos. Ya no dábamos más, los pies nos dolían, porque a cada momento tropezábamos con los pedazos de pavimento destruido. Escuchamos un motor, y luego el camino se iluminó con las luces del mini que nos seguía a toda velocidad.

—¡Tírate a la maleza! —me gritó Ana.

Comenzamos a correr entre las cañas de azúcar, el pasto y los arbustos. El mini se detuvo, sonó el golpe de una puerta y los pasos de la mujer se fueron abriendo camino tras nosotras.

—Para —le dije a Ana, en un quejido.

—No podemos parar, tienes que seguir corriendo.

—¡Para, te digo! —le ordené decidida a Ana.

—¿Qué pasa, estás loca? —me dijo, enojada.

—Tenemos que atraparla —le dije.

Ocultas entre las cañas de azúcar, que crecían como matas de pasto en el campo, esperamos, sin hacer ruido ni movernos, que se acercara la mujer. De un tirón yo había arrancado las mangas de mi polera y las tenía dentro de uno de mis bolsillos. Los pasos de Rosa se sentían cada vez más cerca, su respiración agitada y el haz de luz de la linterna se aproximaban lentamente.

Cuando vimos la figura de la mulata dándonos la espalda, justo delante nuestro, me abalancé sobre ella y la agarré por el cuello. Ana se tiró al suelo y le sujetó los pies; la mujer se desplomó dando manotazos a ciegas. Cuando intentó tomarme de la cabeza, di un salto y me puse de pie, ella se dio vueltas como pudo y yo, con todas mis fuerzas, le mandé una patada en la guata, porque me acordé que una vez, jugando básquetbol, me llegó un pelotazo ahí que me dejó sin respiración. Hasta hoy, de sólo acordarme me duele.

Ana le amarró los pies con una de las mangas y yo, las manos con la otra. Cuando Rosa pudo recuperarse del dolor, la llevamos a saltitos hasta el automóvil, que estaba abierto y con las llaves puestas, y la empujamos adentro.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó Ana.

—Irnos de aquí —le dije.

—¿Y cómo? —preguntó, con cara de angustia.

—En el auto —respondí.

—Yaa, ¿y quién maneja?

—Yo. Aprendí a manejar con los juegos del Play Station —le dije, sonriendo.

Llegamos a la casa de Ana cuando estaba aclarando, a punta de frenadas y dando tumbos por los movimientos de la mujer, que pataleaba desesperada en el asiento de atrás. Por lo menos no podía gritar, pues yo me había sacado el sombrero de lona que llevaba puesto y se lo metí dentro de la boca, hecho una pelotita, tal como mostraban en una película de acción.

Apenas cruzamos la puerta nos encontramos en pleno escándalo: las dos empleadas, una anciana negra de pelo blanco y la otra joven y regordeta, estaban acurrucadas llorando en el sofá de la sala. Cuando nos vieron, se pararon y corrieron hasta nosotras, nos miraron detenidamente, luego nos abrazaron y besaron con desesperación.

—Gracia a Dio niña, que está viva.

La empleada más vieja, que era quien había criado a Ana desde que nació, la tocaba por todas partes para ver si estaba completa.

—Estamos bien. Ya, no llore —le decía Ana con ternura.

—A usted, Emita, su papi la ha buscao toa la noche. El pobre hombre está tan angustiao.

No quisimos seguir averiguando todo lo que nos buscaron. Teníamos a la mujer del mini amarrada en el asiento trasero de su auto, no teníamos noticias de Pancho ni de Cecilia y, más encima, de sólo pensar en llamar a mis papás me daba terror.

Ana y yo nos miramos sin saber por dónde empezar.

—Primero a comer, Ana; es que me muero de hambre —dije.

Partimos a la cocina a devorar todo lo que encontráramos a mano en el refrigerador.

—Tienes que llamar a tu casa —me ordenó Ana.

—¡Estás loca, no puedo! —contesté.

—Pero, Ema, tus papás están asustados —trataba de convencerme—. Si no los llamas tú, los llamo yo.

—Mira, la vez que con Ramón llegámos tarde, mi papá había llamado a la policía, ¿te acuerdas? Al otro día el gorila blanco estaba en el hotel, ¿me entiendes, verdad? Si ahora llamamos a mis papás, y le decimos que estoy bien, seguro que él llama a la policía, habla con el gorila y ahí sí que estamos perdidas; sabría que nos escapamos y ya no lo podríamos atrapar.

Por suerte Ana me entendió.

Guardamos el auto con su carga al fondo del patio, cubriéndolo con una alfombra gigante que Ana encontró en la bodega de su casa, de modo que las empleadas no pudieran ver lo que teníamos adentro. Luego nos encerramos en el escritorio y transferimos las fotos desde la cámara al computador e imprimimos dos copias de cada una, pasamos las grabaciones de voz a un par de CD y escribimos dos cartas, que también imprimimos.

Entretanto, Ana tomó el teléfono y llamó a Cecilia y a Pancho. Luego salió al antejardín con una tijera en sus manos, abrió la caja que tenía las conexiones telefónicas de la casa y cortó la línea.

—No me mires con esa cara. Si llaman tus papás o quien sea, seguro que aquí le cuentan que aparecimos —me dijo, sin que yo preguntara nada.

En cada uno de los sobres que preparamos pusimos un juego de fotos, un CD con las grabaciones y una carta. Ana le pasó uno a la empleada más joven, indicándole que fuera al cuartel de policía a las once y media en punto, preguntara por el policía de Santo Domingo que estaba de visita y le entregara el sobre sólo a él.

Acto seguido, corrimos hasta el auto, le sacamos la alfombra que lo cubría y partimos a encontrarnos con Cecilia y Pancho, que nos esperaban en una esquina cercana.

Ana le entregó el otro sobre a Cecilia, ordenándole que fuera al Canal Ocho de televisión, preguntara por el jefe de prensa y le dijera que se lo enviaba urgente Ana Celis Barrera, hija de Salvador Celis, embajador en Tanzania.

Continuamos nuestro trayecto de regreso a la cárcel abandonada, adonde llegamos a las once de la mañana, muertas de susto de sólo pensar en encontrarnos con el gorila blanco. Estacionamos el mini, con todo y mujer adentro, en el mismo lugar donde lo habíamos encontrado, y luego nos escondimos entre los arbustos y cañas de azúcar que había a la orilla del camino.

Al poco rato llegó el gorila blanco conduciendo una moto y sin uniforme policial. Le dio una mirada descuidada al auto y, cuando estaba a punto de entrar en la cárcel, dio vuelta la cabeza para ver de dónde venían unos golpes y crujidos, notando que el mini se balanceaba. Ana y yo observamos cómo el hombre intentó abrir las puertas que dejamos con llave y, al no conseguirlo, tomó una piedra con la que rompió el vidrio de la ventana del conductor. Con sus enormes brazos

sacó a la mujer del asiento trasero y la puso en el suelo para quitarle las amarras, en tanto que comenzamos a escuchar un ruido sordo que se aproximaba.

—¿Qué viene, puedes ver? —me preguntó Ana, intentando asomarse sin ser vista.

—No sé. Podría ser ese camión que dijo el gorila blanco que iba a pasar a buscarlos, ¿te acuerdas? —contesté.

Nos estábamos comenzando a desilusionar al pensar en que el gorila blanco y Rosa finalmente escaparían, cuando nos dimos cuenta de que el ruido no provenía de un camión, sino que de un móvil de televisión del Canal Ocho, de esos grandotes que se conectan en vivo con los noticieros. Lo seguían tres patrullas policiales a toda velocidad y un auto con unas personas asomadas, que deben haber sido periodistas.

Nos miramos felices, nos dimos un abrazo y salimos de nuestro escondite. Caminamos unos metros decididas a irnos para nuestras casas, pero la curiosidad fue mayor, nos dimos vuelta y vimos que Rosa, la mujer del mini, continuaba en el suelo, mientras a su lado, de pie y con los brazos levantados, estaba Alfonso Higuera, el gorila blanco. La policía los rodeaba, apuntándolos con sus armas. El móvil del Canal Ocho tenía su an-

tena desplegada y un señor joven hablaba con un micrófono en la mano, mientras lo enfocaba una cámara de televisión.

Ana y yo seguimos caminando hacia la carretera. Lo único que deseábamos era regresar a nuestras casas.

Agolpiaron:

Golpe casual o propinado por otra persona.

Buchí:

Persona que tienen grandes cachetes.

Carajo:

Carajito, niño.

Chiripero:

Individuo que ejecuta un trabajo de poca importancia.

Guagua:

Vehículo de transporte público.

